

FENIMORE COOPER

EL ULTIMO MOHICANO

B · I · B · L · I · O · T · E · C · A · · B · I · L · L · I · K · E · N



EL ULTIMO MOHICANO

ESTE LIBRO

LA vida y la historia de los territorios del Oeste norteamericano, todo su proceso de colonización, los misterios de las praderas, las luchas sangrientas de las tribus pieles rojas con los soldados blancos, los cazadores y los colonos, han sido motivo de toda una literatura que se basa en uno de los aspectos más interesantes de las nuevas tierras ganadas a la civilización.

Generalmente esta literatura refleja las virtudes primitivas y la salvaje ferocidad de las razas indígenas, que por una ley inevitable tenían que sucumbir o quedar anuladas de no adaptarse a la vida civilizada. Muestra también el valor y el arrojo de los hombres blancos — exploradores, colonos, capitanes, buscadores de oro — que pelearon titánicamente cuando eran tierras vírgenes aquellas inmensas extensiones.

De todos los que describieron y novelaron aquella vida exuberante de aventuras y sembrada de peligros, acaso el que goza de mayor fama es el novelista Fenimore Cooper, que vivió muchos años en los lugares y en las condiciones de vida que ambientan sus relatos. Su obra maestra — dentro de las características del género — es **EL ULTIMO MOHICANO**, "The last of the mohicans", cuya síntesis ofrecemos en este volumen.

El paisaje selvático en toda su fuerza indómita, cuajado de episodios; los gritos de guerra, los hombres que caen en el silencio de los bosques, las traiciones y las lealtades de las conciencias rudas, son los elementos con que Cooper construye sus narraciones.

En **EL ULTIMO MOHICANO** nos habla de la raza más noble y más antigua entre todas las tribus que cazaron el bisonte a la carrera y se adornaron con las plumas altivas del águila. Su documentación y su interés hacen de esta novela un libro digno de su fama.

24180
BIBLIOTÉCA BILLIKEN
COLECCION AZUL

FENIMORE COOPER

EL ÚLTIMO
MOHICANO

VERSIÓN REDUCIDA POR
JOSÉ CLEMENTE

ILUSTRACIONES
DE CARIBÉ

EDITORIAL ATLANTIDA, S. A.
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL

1227

DERECHOS RESERVADOS.
HECHO EL DEPÓSITO
QUE EXIGE LA LEY.

EL ULTIMO MOHICANO

I

EL HURON

ERAN los tiempos en que en los Estados Unidos y en el Canadá habitaban tribus de la raza piel-roja, todavía con gran muchedumbre de pobladores y con fuerza guerrera suficiente para rivalizar con los ejércitos de ocupación británico y francés, y para que preocupasen las alianzas con unas u otras tribus a los gobiernos de estos países.

El aspecto de lo que iba a ser muy pronto los Estados Unidos, con Nueva York y otros emporios modernos, era entonces bien distinto. Selvas tupidísimas, poblados indios muy distantes, con sus chozas cónicas, y algunos fortines de los euro-

peos eran casi lo único en aquellas inmensas extensiones de bosques impenetrables y de llanuras desérticas.

Las tribus se agrupaban en confederaciones que luchaban entre sí o en alianza con los ejércitos europeos, ya que como otros pueblos primitivos el piel roja apenas concebía la vida sin la guerra.

Entre aquellas tribus había dos muy importantes que se odiaban y se acometían: los hurones o mengwe y los mohawsk; unos combatían al lado del ejército francés, y los otros en el ejército británico. Otra tribu de gran abolengo era la de los delawares, que habían hecho un pacto con los mohawsk y otros indios para que les garantizasen y protegiesen, y por eso eran tenidos en desprecio por los indígenas de aquellos territorios, los cuales consideraban débil y degradante renunciar aunque fuese momentáneamente a la guerra. Los padres de estos delawares, los aborígenes de abolengo más rancio, ya casi desaparecidos en la época de la narración que sigue, fueron los mohicanos, que habitaban junto al río Hudson y en lo que actualmente se llama Nueva York.

Todos aquellos bosques, aquellos torrentes indómitos y aquellas praderas constituyeron el escenario de luchas cruentas entre los regimientos franceses e ingleses que se disputaban las colonias.

En la época de este relato se desarrollaban éstas en la superficie llamada del Champlain, entre la frontera del Canadá y los límites de la actual provincia de Nueva York.

En medio de uno de aquellos bosques tenebrosos, a la entrada de una áspera gruta, junto a un torrente que saltaba y se revolvía en fragor de espuma, se encontraban siete personas: cinco hombres y dos mujeres. Dos de los hombres eran de la más pura raza piel roja. Tenían ese aire de inconfundible semejanza que existe entre los padres y los hijos.

El padre se llamaba Chingachgook y era uno de los más grandes jefes del pueblo mohicano, el primero en ser destruído y disperso por los hombres blancos, y cuya descendencia sólo se encontraba en una pequeña tribu de delawares que hacía una vida neutral en las contiendas franco-inglesas y que por esa circunstancia pacífica era

tenido por insignificante. No obstante su edad madura, los miembros de Chingachgook eran duramente fuertes y elásticos, y grave su semblante aguileño, de facciones en aquel momento ocultas por una espesa capa de pintura de guerra con los trazos de una máscara espeluznante. Vestía calzones de cuero de venado sujetos bajo las rodillas, y una amplia blusa verde de cazador. El cráneo afeitado como todos los de su raza, y un solo y largo mechón de pelo en el centro de la cabeza. Prendida en aquel moño, una pluma reluciente de águila o de halcón.

El hijo era una verdadera estatua en cuanto a sus proporciones humanas, y su fuerte y elástica musculatura le hacía acreedor al nombre de "Ciervo Ágil" con que los indios, dados a una nomenclatura poética de símiles inspirados en la naturaleza, le habían distinguido. Su gran resistencia en la carrera y su habilidad en el lanzamiento de las flechas habíale hecho famoso entre las tribus de aquellos contornos.

Los tres hombres blancos eran de bien distinto aspecto exterior. Uno, rudo, fornido, de piel

blanca y sin mezcla, pero tan curtido por el aire y el sol, que su tez no se diferenciaba gran cosa de la de los salvajes. Vestía un traje fuerte de cazador. Los indios le habían llamado en un principio, en los territorios donde pasó su juventud, "Ojo de Halcón", y después, por su fama temible de tirador incomparable y la longitud de su buen rifle, el "Carabina Larga". Era uno de aquellos cazadores de raza blanca que se habían familiarizado con la vida montaraz y con los usos de los indígenas y que constituían como un tipo de transición entre el europeo y el piel roja. Era amigo de unos indios y enemigo de otros por motivo particulares o preferencias, y en la actualidad, para combatir a los hurones, muy astutos y muy crueles y a quienes odiaba implacablemente, prestaba servicios de escucha, de explorador avanzado, al ejército de los ingleses.

El segundo hombre blanco tenía apostura gallarda y buena estatura y proporciones, pero su traza era mucho menos ruda. Vestía un vistoso uniforme rojo de oficial mayor del ejército inglés.

El tercero, por extraño en aquellos parajes, lo describiremos después.

Todos los hombres iban armados. El oficial con pistolas de caballería y los demás con rifles. El más moderno y de caño más largo lo poseía "Ojo de Halcón". "Ciervo Ágil" llevaba también su arco y sus flechas más temibles a veces que las mismas armas de fuego.

Las mujeres eran hermanas. Las dos muy bellas y de un aire tan delicado que desentonaban realmente de toda aquella rudeza que las rodeaba. Cora, la mayor, con el pelo muy negro, Alicia, la menor, rubia y de ojos muy claros. Eran hijas del coronel Munro, e iban de camino hacia el fuerte William Henry que mandaba su padre. Heyward, el oficial británico, tenía el encargo de conducir las y protegerlas durante el viaje. Aunque el fuerte era objeto de vigorosos ataques por parte de las tropas francesas y de sus aliados los hurones, dada la situación del país hubiera sido más arriesgado para las muchachas permanecer en campo abierto o retroceder. El encargo no debía de ser muy ingrato para el oficial, a

juzgar por las atenciones particularmente solícitas que prodigaba a las muchachas, singularmente a una de ellas.

Habían hecho el camino juntos, acompañados del tercero de los hombres blancos, que era realmente un extrañísimo individuo. Su indumentaria y la configuración de su cuerpo no podían ser más pintorescas. Las ropas de colores desentonados ajustadas a los miembros nudosos le daban un aire de espantapájaros desmesurado. Tenía el cuello muy largo y las piernas altísimas y flacas y su rostro mostraba una dulzura triste y cómica. Su profesión no podía ser más fuera de propósito en aquellas regiones incultas. Era maestro de canto o de salmodia, cargo frecuente en Inglaterra y en las colonias, y hombre tan pacífico que apenas veía entre tantos otros dispuestos siempre a la asechanza y a la lucha.

El oficial y las hijas del coronel habían elegido para dirigirse al fuerte William Henry un camino más corto, un atajo, que les había indicado un guía indígena al servicio de los ingleses en cuya fidelidad y experiencia de los bosques se

tenía gran confianza. El maestro de canto, llamado David Gamunt, que también iba en ruta hacia el fuerte para dirigirse a sitios más poblados, se unió al grupo de Cora, Alicia y el oficial, quien se lo permitió después de sus cándidos ruegos y sus inofensivas ocurrencias.

El guía, un hurón apodado por los indios "Zorro Sutil", era un traidor redomado. Hacía mucho tiempo, por unas faltas graves cometidas en estado de embriaguez, el coronel Munro le había condenado al castigo de azotes. Era un incidente olvidado por todo el mundo, pero de ningún modo por la obsesión vengativa de "Zorro Sutil". Había fraguado oscuros planes de venganza en las personas de las hijas del coronel, y comenzó por huir y abandonarlas con sus acompañantes blancos en el bosque.

Pero el grupo encontró casualmente a otro formado por tres personas: Chingachgook, su hijo Uncás "Ciervo Ágil", y "Ojo de Halcón" el cazador.

Se dieron a conocer unos y otros, después de los mutuos recelos y precauciones de que nunca

se prescinde en la selva, y tanto los mohicanos como el escucha se ofrecieron a guiarles hacia el fuerte y a protegerlos de los indios que merodeaban ocultos por doquier. La lealtad ruda de aquellos hombres del desierto hacía el ofrecimiento inquebrantable.

Los hurones habían dado señales de vida, y todo indicaba a los avezados hombres de la selva que iban a ser atacados y elegidos por los salvajes para su deseo de cobrar cabelleras humanas.

Gracias a la sagacidad de "Ojo de Halcón", gran conocedor de todos los vericuetos del bosque, el grupo había podido llegar rápidamente a aquel refugio natural formado por el círculo de rocas que rodeaba las aguas tumultuosas del torrente.

Eran, exceptuando el dulce cantor, hombres de guerra que no se arredraban ante peligro ni enemigo alguno. Y la custodia de aquellas dos mujeres incapaces de defenderse espoleaba su valor.

II

LA DEFENSA DE LOS HOMBRES DEL BOSQUE

SE había acomodado todo el grupo dentro de la gruta que estaba dividida en dos compartimientos, pero un grito extraño e impresionante estremeció a todos y especialmente a las mujeres.

El hombre ducho por excelencia en todos los ruidos y misterios de la espesura, "Carabina Larga", confesó su ignorancia respecto a aquel grito angustioso.

—Durante treinta años — dijo — he escuchado todos los ruidos de la selva con la atención que tiene que prestarles aquél cuya vida depende de la agudeza de su oído. No hay rugido de pan-

tera, silbo de pájaro-burlón, ni gritería alguna de los diabólicos hurones que puedan engañarme. He oído cómo la selva gemía a semejanza de un hombre que sufre; a menudo he escuchado la música del viento en las ramas de los árboles estrangulados por las lianas; también he oído cómo el rayo estallaba en el aire crujiendo cual las zarzas incendiadas. Pero nunca pensé al oír estos ruidos sino que el creador se complacía en el juego de sus creaciones. Ni los mohicanos ni yo, que soy un blanco de pura raza, podemos adivinar de qué procede el grito que todos hemos escuchado.

Esta vez el hombre menos práctico de los bosques, el Mayor Duncan Heyward, fué quien pudo aclarar el misterio, después de escrutar toda la espesura tratando de sorprender la causa. Recordaba haber oído en algunas batallas en que había tomado parte el sonido desgarrador que emite el caballo en la agonía, o cuando el dolor o el terror lo han dominado. Con esta explicación que comunicó a sus compañeros, grandes andarines y poco versados en caballos, se demostraba que las monturas de los viajeros que habían quedado

trabadas junto a unos árboles en un sitio mucho más bajo del nivel de la cueva, acababan de ser atacadas por un enemigo, seguramente por los lobos.

El joven Uncás, "Ciervo Ágil", fué encargado de ir al barranco donde estaban las cabalgaduras y arrojar un tizón ardiendo entre la manada de lobos para ahuyentarlos. Pero antes de llegar a la orilla del torrente, un alarido feroz resonó en la espesura de la selva. Este alarido se multiplicó en seguida en un griterío infernal que parecía salir de todos los puntos del bosque.

Esta vez el cazador y sus amigos los mohicanos si sabían a qué atenerse. Eran gritos enfurecidos de guerra de los hurones que habían descubierto a los viajeros.

Al cantor Gamut que elevó su estatura para averiguar de dónde procedía aquella música tan inarmónica e infernal, y tan dañosa para sus oídos, le derribó instantáneamente una bala de uno de los indios. La herida era leve como se vería luego, pero el susto y la violencia de la caída le dejaron sin conocimiento.

Las detonaciones que podían calcularse de una docena de rifles, se sucedieron sin interrupción mezcladas con los alaridos, hasta que un grito de dolor inconfundible demostrativo de que "Ojo de Halcón" había hecho un buen blanco, ahuyentó de momento a los atacantes.

Entraron entonces los del grupo que se había defendido en la gruta y transportaron allí el cuerpo del cantor.

Era indudable que los iroqueses no cederían aquella oportunidad de proveerse de cabelleras y volverían al asalto; y lo hicieron esta vez utilizando la única vía que pudo ponerles cerca del refugio de Heyward y sus amigos: la vena líquida del torrente difícilísima de seguir a nado, y unas rocas que servían de pared a la corriente torrencial, escurridizas e impracticables.

Cuatro de los salvajes llegaron hasta la altura de la gruta, mientras que un quinto se despeñaba entre el remolino de las aguas.

Pero los demás habían conseguido su propósito. Ocultos tras de unos troncos secos que arras-

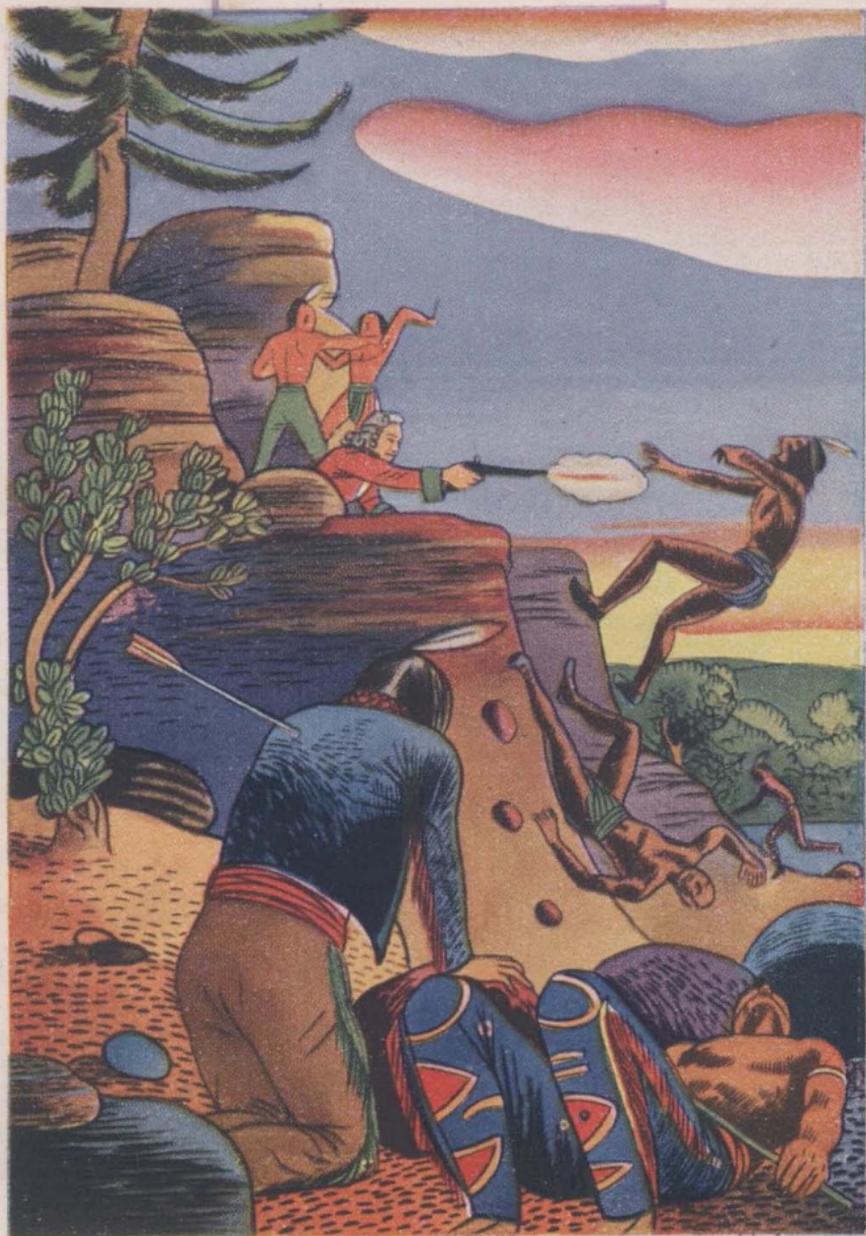
traba la corriente dejaban ver apenas unos momentos sus torsos pintarrajeados con la pintura de guerra de la tribu.

El jefe mohicano y su hijo en uno de los sitios de la plataforma de rocas que se defendía, y el cazador con el oficial en otro, aguardaron con serenidad, con las bocas de fuego prestas, el momento de la lucha definitiva.

Cuando abandonaron los indios los troncos y se presentaron con grandes saltos en las rocas, donde ya parecía el camino expedito a la gruta, volvió a resonar entre los árboles el alarido brutal de los iroqueses.

La pelea se trabó en un instante. El escucha dió cuenta, después de echarse a la cara parsimoniosamente el rifle, del primero de los asaltantes. Uncás se lanzó sobre el último de los hurones que había saltado y pronto se hallaba el magua en condiciones de no saltar más en ningún bosque. Los dos mohicanos para defender la otra entrada de la roca tuvieron que quedar algo alejados.

La última fase de la lucha aquella fué el cuer-



La pelea se trabó al instante.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

po a cuerpo entre los dos indios que quedaban y los dos europeos. El escucha tuvo que habérselas con un hurón de miembros gigantescos, mas con su habilidad y su enorme resistencia pudo dominarle y hundirle el cuchillo en el corazón. Heyward forcejeó con todas sus energías con otro iroqués de musculatura férrea, pugnando uno y otro por precipitar al enemigo en el abismo del torrente. Un momento el indio con su fortaleza salvaje consiguió aferrar la mano en la garganta del inglés. El rostro de éste estaba ya desencajado cuando vió que un largo cuchillo afiladísimo intervenía rápidamente y cortaba la mano del hurón. Era "Ciervo Ágil" que había salvado la vida del oficial.

En la primera tregua de la lucha Heyward estrechó conmovido la mano del piel roja, olvidando toda diferencia de razas. El escucha observó con tono sencillo:

—En el desierto no es raro que los amigos se deban la vida recíprocamente. Creo haberle prestado alguna vez este servicio a Uncás y recuerdo

muy bien que él me ha salvado de la muerte cinco veces.

Los hurones, como era de esperar, volvieron al asalto. Primero atronaron con su gritería infernal, y un diluvio de balas fué a estrellarse sobre las rocas donde estaban perfectamente parapetados "Ojo de Halcón" y los suyos.

Después emplearon diversas estratagemas viendo que las descargas de los rifles eran inútiles. Un indio se encaramó a un gran roble que dominaba la gruta, pero al fin fué descolgado de su escondite por una bala del cazador.

Otro, nadando en el río sin ser advertido, consiguió empujar la canoa que los mohicanos tenían dispuesta, el único medio de alejarse de aquel lugar.

Por fin, cuando todas las cartucheras estaban vacías, cuando la presencia de aquellos hombres no podía significar protección, sino la muerte segura, penetraron en la cueva, y Cora rogó que se dejase solas a ella y su hermana, ocultas lo más disimuladamente posible en el fondo de la gruta, y se tratase de llegar al fuerte de su padre para

conseguir refuerzo de hombres que acudiesen con presteza.

Hubo protestas sincerísimas y obstinadas, porque nadie quería abandonar a las mujeres, pero últimamente prevaleció el buen sentido innegable de la proposición, única probabilidad de salvar la vida. Silenciosamente los dos mohicanos y el cazador se zambulleron en el agua para alejarse a favor del río, y Duncan, que no consintió en acompañarlos, quedó con las muchachas y el inofensivo David en lo más hondo de la cueva.

Todos los ruidos procedentes de los salvajes se habían acallado y el oficial procedió a examinar las condiciones de defensa desesperada que pudiera tener aquel islote rocoso. David dentro de la gruta creyó llegado el momento de entonar una salmodia de gracias a Dios acompañado por las muchachas, y todo parecía indicar que los indios habían desistido de su empeño o supuesto la fuga de los que buscaban. . . .

Súbitamente el grito de guerra iroqués resonó. Heyward no pudo menos que exclamar:

—¡Estamos perdidos! Ese grito viene del cen-

tro de la isla y ha sido lanzado ante el espectáculo de los maguas muertos. Todavía no nos han descubierto. Queda alguna esperanza de que no nos encuentren.

III

EL "ZORRO" EXPLICA SU VENGANZA

UNA tropa de indios hurones se detuvo para descansar de la jornada en una alta colina. El jefe era "Zorro Sutil", el que sirvió de guía a las hijas de Munro y sus acompañantes. Él había sido quien dirigió el asalto de los iroqueses contra el grupo que se pudo ocultar en la cueva. Con los indios van prisioneros el oficial Heyward, David el cantor, y las dos hijas de Munro.

Contra lo que creyeron éstos en un momento de angustia suprema, cuando por fin los descubrieron los hurones en la cueva, no les hendieron el cráneo con el tomahwak, el hacha temible de guerra, ni les arrancaron los cueros cabelludos.

Era de creer que les consideraban prisioneros importantes y les reservaban para algo que también pudiera ser un suplicio más refinado. Quizá para obligarles a que descubriesen a "Carabina Larga", el cazador tan ferozmente odiado. Quizá para exigir un buen rescate al coronel Munro, pues ya se sabe que andaba en todo ello la mano y la dirección de "Zorro Sutil".

Un diálogo profundamente interesante con el indio magua hizo comprender al oficial y a Cora el más importante de sus propósitos.

En un lugar un poco apartado de los demás guerreros, el iroqués habló así:

—¿Es blando el corazón de Munro, el jefe de cabeza blanca? ¿Pensará en los hijos que están ausentes de su mirada?

—Es blando para sus hijos su corazón — contestó Heyward.

—Pero es duro con sus guerreros y sus ojos son de piedra.

—Es severo con los holgazanes y los malvados, pero con los meritorios es un jefe justo.

—Bien, vete. Dile a la muchacha de los cabe-

llos negros que el magua espera para hablarle. El padre recordará lo que la hija promete.

Duncan supuso que el indio trataba de asegurar la fuerte recompensa comprometiendo la palabra de la hija de Munro, y recomendó a ésta:

—Ya sabéis lo que un indio desea poseer. Debéis ser pródiga en el ofrecimiento de mantas y pólvora. Los alcoholes fuertes son de gran aprecio para un hombre como el “Zorro”. No olvide que de la habilidad en las promesas puede depender la vida de usted y de su hermana.

Apartáronse el iroqués y Cora para no ser oídos, y ésta le dijo al hurón:

—¿Qué desea decirle el “Zorro” a la hija de Munro?

—Escucha. El magua había nacido jefe y guerrero entre los hurones de los lagos. Vió como los soles de veinte veranos hicieron que las nieves de veinte inviernos corrieran a engrosar los ríos, antes de haber visto a un cara pálida y era muy feliz. Después vinieron a la selva los blancos del Canadá y le enseñaron a beber el agua del fuego. Los hurones le arrojaron del lugar del sepulcro

de sus padres y el magua se fué hasta el desagüe de los lagos y allí cazaba y pescaba hasta que volvieron a arrojarle a través del bosque. El jefe que había nacido hurón tomó por fin el partido de hacerse guerrero para los blancos entre los indios mohawks.

—Algo de eso he oído.

—El anciano jefe de Horicán, tu padre, era el gran capitán de nuestra tropa. Él mandaba a los mohawks y era obedecido. Hizo una ley: si un indio bebía agua de fuego y entraba en las tiendas de lona de los guerreros blancos, este hecho sería severamente castigado. El magua bebió el agua que quema y entró en la propia cabaña de Munro. ¿Qué hizo el jefe de los cabellos blancos? Que lo diga su hija.

—El jefe no olvidó sus palabras. Castigó la acción prohibida.

—Mira — dijo el hurón dejando el torso desnudo. — Aquí hay cicatrices de heridas de cuchillos y balas; de éstas puede jactarse un guerrero ante su nación. Pero el de los cabellos blancos ha dejado en la espalda del jefe hurón marcas

que él tiene que ocultar bajo esta tela de colorines. Cuando los chippewas ataron al magua al poste y le hicieron este tajo, el hurón se les reía en la cara y les decía: "Son mujeres las que hieren tan poco".

Continuó "Zorro Sutil" refiriéndose a la vergüenza de los azotes ordenados por Munro, que no perdonaría nunca, y Cora tentando de apartarle de su obsesión de venganza con el ofrecimiento de recompensas acumuladas.

Pero el hurón se mostraba irreductible:

—Lo que quiere el magua es bien por bien y mal por mal. ¿Para qué iría el "Zorro" entre los mosquetes de los blancos, cuando tiene en la mano, en la persona de su hija, el espíritu del anciano jefe?

Cora hacía esfuerzos inauditos por mantener la presencia de ánimo:

—Dime qué te propones. ¿Llevarnos prisioneras a la selva? ¿No hay ningún medio de compensar el daño que sufriste? Por lo menos deja en libertad a mi hermanita y que caiga sobre mí tu venganza.

—La de los ojos claros puede volver y decirle al jefe blanco lo sucedido. En cuanto a ti... Cuando el magua dejó su nación, su mujer le fué dada a otro jefe. Ahora que ha hecho nueva amistad con los hurones, volverá a donde está el sepulcro de su tribu. Que la hija del jefe inglés le siga y viva siempre en su wigwams.

La idea de seguir al hurón a su wigwams, su cabaña, llenó de horror a Cora.

—¿Qué satisfacción tendría el magua en compartir su choza con una mujer por quien no tiene inclinación y que no es de su color ni de su raza?

—Cuando los azotes surcaron la espalda del indio, él pensó dónde encontraría una mujer que sufriera aquellos golpes. La hija de Munro irá a buscarle el agua, le molerá el maíz y le cocinará el venado. El cuerpo del viejo dormirá entre cañones, pero su corazón estará al alcance del cuchillo del "Zorro".

La indignación hizo a Cora pronunciar palabras del mayor desprecio. Consideraba a aquel salvaje un monstruo capaz de la peor de las venganzas por satisfacer su furia.

Cuando la negativa de la mujer blanca no dejó lugar a dudas, el "Zorro" reunió a los guerreros y con sus grandes dotes especiales para la ruda oratoria que convencía a los indígenas, les inflamó de deseos de muerte contra los prisioneros.

Al terminar la arenga altisonante del magua, los guerreros se arrojaron frenéticos sobre los cuatro cautivos y muy pronto Alicia, Cora, Heyward y David estuvieron atados fuertemente cada uno en un tronco. Los salvajes danzaban y agitaban los tomahwaks por encima de sus cabezas, y sus rostros tenían la expresión más feroz.

Uno de los tomahwaks silbó ante la frente de Duncan y fué a clavarse en el poste de Alicia. Había cortado algunos de sus cabellos.

El oficial pudo en un esfuerzo sobrehumano soltarse de las ataduras y se confundió en una lucha desesperada con otro indio que intentaba lanzar su hacha también.

En la lucha, el cuerpo desnudo del iroqués se había logrado escurrir de los brazos de su enemigo, y éste tenía la rodilla férrea sobre el pecho del oficial, y levantaba su cuchillo.

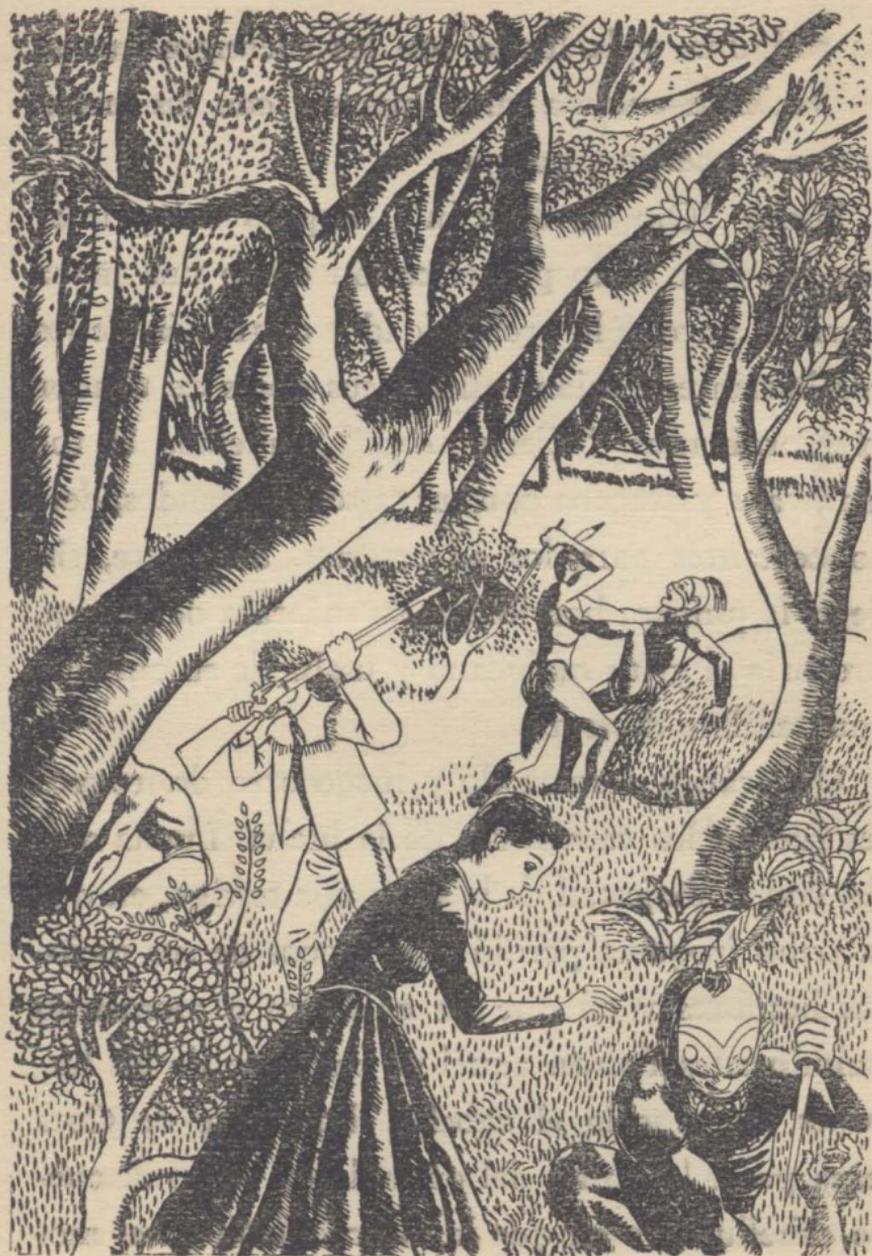
IV

LA NOCHE EN LAS RUINAS

PERO el brazo del indio que estaba sobre el oficial se aflojó inesperadamente, su rostro se contrajo, y cayó sin vida con la pesadez de un cuerpo inerte.

Lo que siguió fué un alarido de rabia de los iroqueses y la aparición de "Carabina Larga", el escucha, seguido de los dos mohicanos. Una bala del rifle del primero tenía que haber sido la que hiciese blanco en un hombre confundido en lucha con otro como lo están dos raíces entrelazadas.

Habían dejado los hurones, confiados y contentos del próximo festín de tortura, sus armas más pesadas y todas las de fuego en una enrama-



Tuvieron que emprender la lucha cuerpo a cuerpo.

da próxima, y la lucha con los enemigos que se les vinieron encima tuvo que ser con las armas cortas y cuerpo a cuerpo.

Usaba "Ojo de Halcón", después del primer tiro, su rifle asido por el cañón como una maza terrible, porque la proximidad y confusión de los combatientes hacían inútiles sus dotes de tirador extraordinarias. "Ciervo Ágil" manejaba el tomahwaks y atacaba con sus saltos tremendos, desconcertantes para los adversarios. Su padre, sin dejar la pintura horrible de su máscara de guerra, profería el grito mohicano y usaba de su cuchillo con temible destreza.

Un cráneo destrozado y luego otro de iroqueses fueron los comienzos de la lucha. Lucha sorda, con la majestad de la selva por testigo, en que la tribu iroquesa perdió unos pocos de sus mejores hombres y en que los episodios o momentos culminantes fueron aquel en que uno de los hurones tenía asido el cabello abundante de Cora para pasar la punta del cuchillo en torno al cuero cabelludo, y en que la intervención en el momento preciso de Uncás con el escucha, dió cuen-

ta del magua a culatazos y cuchilladas; y el otro, el combate personal de Chingachgook con el último de los maguas que quedaba en pie. Precisamente "Zorro Sutil", el enemigo más importante.

Fué terrible la pelea. Asidos y confundidos con rabia infinita, rodaban y se revolvían por el suelo entre una polvareda, con alternativas de ventaja. Ninguno de los que contemplaban aquella pugna feroz, aunque bien lo hubieran querido, podía intervenir con sus armas porque era imposible precisar a cuál de los dos se tendría que herir.

Luego de un rato de angustia para los que presenciaban la pelea, el mohicano con un esfuerzo supremo de sus energías, logró dominar un momento y clavar el cuchillo en la carne del "Zorro". Éste quedó rígido, como si la puñalada hubiera sido fulminantemente mortal. Chingachgook irguióse para lanzar el grito de triunfo de los delawareos, mientras que el escucha exclamaba con ruidoso entusiasmo:

—¡Bien por los delawareos! ¡Victoria al gran jefe mohicano!

Momento que aprovechó el "Zorro", que sólo se hallaba herido y cuya muerte era una estratagemata, para rodar con sus movimientos velocísimos hasta el borde de la ladera en que se había desarrollado la lucha, y desaparecer con unos saltos de gamo en la espesura.

Era imposible seguirle una vez internado allí. "Ojo de Halcón" maldijo con toda su rudeza y se aplicó a hundir el puñal en el pecho de todos los vencidos para que no pudieran darse casos semejantes.

Fué un espectáculo más de horror para las dos hermanas, pero la ley de la selva es la ley de la selva. En cambio ellas volvieron los ojos hacia la única persona pacífica que había allí, el cantor Gamut, recién libertado de sus ataduras, que exhortaba:

—Os invito, amigos, a que expresemos juntos nuestro agradecimiento por haber sido liberados del poder de esos bárbaros infieles. Debemos entonar un cántico solemne.

Con la pequeña flauta de pino que nunca abandonaba emitió unos acordes y luego rompió en un canto más o menos solemne, pero, a la verdad, acompañado de la indiferencia del escucha y sus amigos, que atendían a recoger las armas y estudiar el itinerario más conveniente.

A las preguntas del oficial de cómo habían regresado "Ojo de Halcón" y los dos delawarees tan pronto y sin llegar al fuerte como quedó convenido, el escucha respondió:

—Si hubiéramos seguido la curva del río habríamos llegado aquí a tiempo para daros piadosa sepultura, pero demasiado tarde para salvar vuestras cabelleras. En vez de malgastar el tiempo cruzando hacia el fuerte, nos apostamos debajo de la barrera del Hudson y allí esperamos observar los movimientos de los hurones. Juzgamos por los gritos de esos demonios que os habían hecho prisioneros, y aunque con muchas dificultades, pudimos seguir la huella de todo vuestro grupo. Cuando hubimos recorrido muchas millas sin encontrar ninguna rama quebrada, aunque yo aconsejé que se quebrasen, tuve dudas. Prin-

principalmente porque todas las pisadas mostraban huellas de mocasines.

Heyward advirtió:

—Los hurones tuvieron la precaución de hacernos calzar mocasines como ellos.

Y mostró su calzado de la clase que los indios fabrican con piel de antílope o de ciervo.

Felices pasajeraamente, entre tantos peligros, por el nuevo encuentro, abandonaron los del grupo los cadáveres de los indios y se dirigieron hacia un abrigo muy conocido de "Ojo de Halcón", el gran práctico de los bosques, en que según su recuerdo estaban enterrados los iroqueses de su primera lucha con la tribu enemiga en aquellos territorios. Cuando en el ocaso, el sol era una lumbre pálida en el horizonte, "Ojo de Halcón" dijo con el tono de quien está viviendo no una aventura sino una vida normal:

—Ésta es la hora dada al hombre para que busque el alimento y el descanso. El hombre sería mejor y más prudente si aprendiera algo de los pájaros del aire y de las bestias del campo. Sin embargo, nuestra noche pasará pronto, porque

al salir la luna tenemos que levantarnos y continuar nuestra marcha.

Todos atendieron al cazador, y se organizó la breve noche de descanso. Las mujeres, en el interior del abrigo que estaba formado por las ruinas de un minúsculo fortín antiquísimo, tuvieron un lecho de enramada. Los hombres se disputaron la vigilancia, incluyendo Heyward y Gamut, pero se convino en que sólo los ojos incansables del padre de Uncás eran firmes para no cerrarse después de una jornada tan ruda y fatigosa.

Al salir la luna e iluminar los troncos negros de los árboles, el mohicano despertó a los viajeros, y cuando con los cuerpos un poco vigorizados por el sueño, se disponían todos a partir sin cuidarse de dominar una animada conversación en que se comentaban las últimas jornadas, un rumor imperceptible hizo que el cazador interrumpiese:

—¡Silencio! Es un hombre; aunque no tengo el oído tan fino como los indígenas, percibo sus pasos. Ha de ser un hurón vagabundo que se ha encontrado con alguna partida emboscada de los

indios que están con el ejército francés, y han dado con nuestro rastro. No me gustaría derramar más sangre humana en este sitio, pero lo que tenga que ser será. Refugiémonos en este ruinoso y viejísimo fortín.

V

LAS DOS HERMANAS EN EL FUERTE

EN efecto, la tenacidad de los hurones aparecía nuevamente. Una partida de ellos que siguió sus huellas hasta muy cerca de aquella colina o túmulo funerario donde se encontraba el fortín y donde se encontraban sepultos los primeros iroqueses muertos en combate con “Carabina Larga”, en aquel momento se obstinaba en una búsqueda concienzuda por todo el macizo de bosque en torno a la pequeña colina funeraria.

Con la respiración contenida, los viajeros observaron todos los movimientos de los indios y más de una vez estuvieron éstos tan cerca que

se veían claramente las fuertes espaldas lustrosas y oscuras de algunos de ellos.

Ahora todos estaban bien armados de rifles y esperaban el ataque que pudiera sobrevenir, no con deseo de que se produjese, pero con tranquilidad.

Solamente al darse cuenta algunos de los salvajes de lo que era aquel montículo fúnebre, se detuvieron todos con un miedo respetuoso. No podían creer que sobre aquella colina vedada a los hombres vivos se hubiera instalado nadie por ninguna causa.

—Han desaparecido los mingos — observó el escucha, que llamaba mingos despectivamente a los maguas. — Es el momento de no perder un solo minuto.

La angustiada tropilla se adentró en la espesura en orden de marcha, con la guía segura a la cabeza del certero "Ojo de Halcón". Al llegar a orillas del arroyo, el escucha se quitó sus mocasines y comenzó a andar por el lecho del agua para no dejar ninguna huella desde allí en gran parte del camino. Todos le imitaron, porque era

bien claro que de este modo la astucia del más astuto iroqués sólo por mero azar podría seguirles.

Llegaron al borde de un lago que según "Carabina Larga" se denominaba la Laguna Sangrienta, por los cruentos combates habidos allí en el curso de aquellas guerras pasadas por la hegemonía colonial.

—Tres combates tuvimos con los holandeses y los franceses — explicó el escucha. — Nos encontramos aquí cerca cuando marchábamos a preparar una emboscada en la cual debíamos sorprenderlos; pero tuvimos que dispersarnos a través del desfiladero hasta las costas del lago Horicán. Nos repusimos y fuimos a hacernos fuertes detrás de nuestra trinchera de árboles derribados. Les atacamos después bajo las órdenes de sir William, que por esta acción fué hecho noble, y les hicimos pagar cara nuestra derrota de la mañana. Centenares de enemigos vieron el sol de aquel día por última vez. Hasta su comandante cayó prisionero en nuestras manos.

Seguía el hilo de sus recuerdos, de las pasadas

batallas y cuando le tocaba el turno a uno de los mejores episodios, lo interrumpió bruscamente.

—¡Chist! Algo camina por la orilla de la laguna.

Nadie creyó que en aquel lugar tan desolado donde todo tenía la calma de un silencio de siglos, hubiera una criatura humana. Pero la realidad les colocó la criatura humana tan cerca, que sólo tenían tiempo para preparar disimuladamente las armas y dialogar con el aparecido.

Era éste un soldado francés y su presencia la señal de que las avanzadas del ejército mixto de franceses y hurones acampaba no lejos de allí.

—¿Quién vive? — dijo el muchacho, que tenía un semblante jovial.

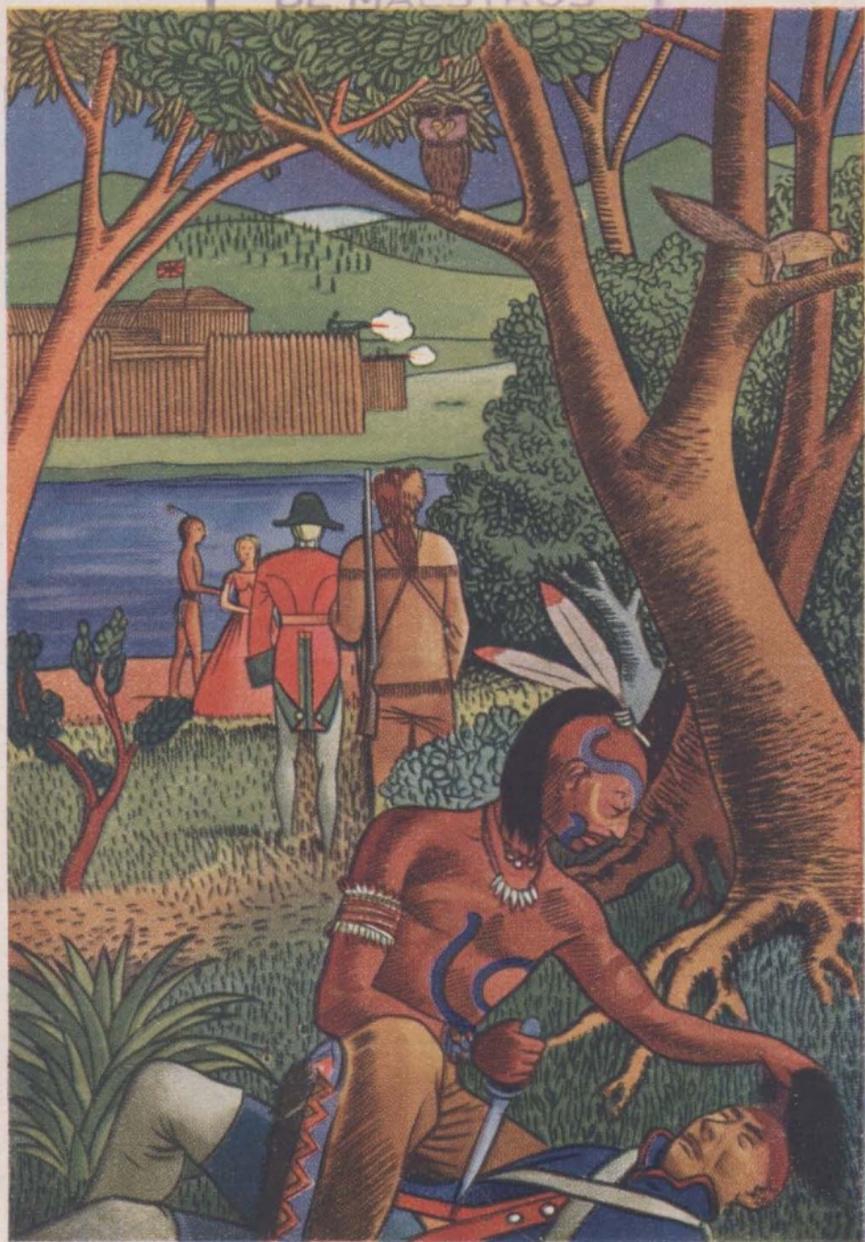
Únicamente Heyward podía entenderse en la lengua de aquel soldado.

—Francia — contestó.

—¿De dónde venís y a dónde vais tan temprano?

—Regreso de un servicio de descubierta y voy a acostarme.

—¿Sois oficial del rey?



Chingachgook quitaba al soldado la cabellera.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

—Sin duda, camarada. Creía que eras más listo. Tengo aquí conmigo a las hijas del comandante de la fortificación británica. ¿No has oído hablar de ellas? Las he tomado prisioneras y las llevo al general.

Se alejaron los viajeros con la satisfacción de haber salido con bien de un nuevo lance, y pronto oyeron a sus espaldas un gemido. Y vieron aparecer a Chingachgook que con actitud de toda naturalidad traía el cuero cabelludo sangrante del soldado, y envainaba su cuchillo como quien acaba de cumplir un deber de la vida usual.

“Ojo de Halcón” creyóse en el caso de explicar:

—Hubiera sido una acción cruel e inhumana cometida por un hombre blanco en Europa, pero ésta es la índole de las costumbres del indio y de la selva. Una de sus leyes es no dejar enemigo detrás.

El problema de llegar al fuerte, no obstante su proximidad, estaba en pie. Para acercarse a él era preciso salvar un sistema de líneas de centinelas y el único medio que se les ocurría a los mo-

hicanos consistía en ir delante del grupo sorprendiendo a todos los centinelas que se hallaran al paso y abatiéndolos por sorpresa. Este procedimiento significaba un reguero de sangre macabro al cual se oponían decididamente las dos mujeres.

En aquella dirección, sobre las costas del lago, hacia el oeste, estaban las extensas fortificaciones de tierra y las construcciones chatas del fuerte Willian Henry.

—Veo que la fortaleza está sitiada — hizo notar Duncan —. ¿No habrá ningún medio para penetrar en ella? La captura, de todos modos, en las cercanías del fuerte sería preferible, con mucho, a volver a caer en manos de los indios errantes.

El escucha interrumpió:

—Mirad. Hacen fuego de artillería sobre la fortaleza. Ese tiro ha hecho saltar las piedras de un costado de la casa del comandante.

Desde la colina a donde les había conducido "Ojo de Halcón", se podía observar el sitio de la fortaleza en todo su detalle.

Era necesario una vez más usar los remedios heroicos. Por los ruidos y todos los indicios, las líneas de los franceses eran cada momento más tupidas y ya hacía imposible mantenerse allí sin ser descubiertos. Aprovechando la confusión de un vivo cañoneo que hicieron desde las defensas del fuerte, comenzaron todos los hombres del grupo viajero a disparar sus armas como si se tratase de una salida que hubiesen hecho los de la fortaleza, y en alguna manera protegidos por el fuego artillero del fuerte, corrieron desesperadamente hacia la entrada de él.

Con los anteojos de alcance fué el propio Munro, el padre de Cora y Alicia, quien distinguió primeramente a sus dos hijas y ordenó con voz emocionada que se cuidase de no disparar hacia los que venían.

La escena fué conmovedora al abrirse el portón del fuerte un momento y caer las dos muchachas en brazos del coronel.

Heyward llegó en el instante en que se hallaban formados con sus casacas rojas los soldados del regimiento "Royal Americans" a cuyo man-

do estaba destinado, e hizo una salida briosa e inesperada contra los franceses y hurones que persiguiéndolos habían llegado muy cerca de la fortaleza. Un hombre de alta estatura y de cabello blanco, el coronel escocés Munro, estrechaba mientras a dos muchachas que lloraban como niñas, contra su pecho.

VI.

CORA Y ALICIA

EN el fuerte se sucedían las incidencias y los agobios de una plaza sitiada con muy pocas probabilidades de resistir. Los medios de defensa eran insignificantes junto a los medios ofensivos del gran ejército mixto de indios y franceses. Las murallas iban cediendo, las municiones escaseando, y a la tropa no se le ocultaba que el final no era ya discutible.

Sólo existía la esperanza de que el general Webb, que tenía el ejército principal de ocupación a su cargo, enviase los refuerzos pedidos con toda urgencia si se quería que aún llegasen a tiempo. Para obtener comunicación con el general Webb

había sido despachado como mensajero "Ojo de Halcón".

Heyward en una tregua de bandera blanca estuvo en el cuartel del jefe enemigo, el marqués de Momtcalm, y éste procuró convencerle de que el valor no debía confundirse con la obstinación desesperada y que la inferioridad de la plaza, sin menoscabo para sus defensores, aconsejaba e imponía la capitulación.

No obstante esta actividad y estos peligros, hubo todavía un momento de calma para que el coronel y el Mayor Heyward hablasen de las pretensiones del último con respecto a una de sus hijas. Una circunstancia sobresaltó al anciano y le llevó al terreno de las confidencias. Siempre había creído que el oficial pretendía la mano de Cora, su hija mayor, y sorprendióle saber que se trataba, contrariamente, de Alicia. Entonces el anciano Munro hizo al oficial esta revelación:

—Mi familia era antigua y honorable, pero no poseía las riquezas que correspondían a su rango. Yo, a la edad de usted, me comprometí con Alicia Graham, la única hija del dueño de

una propiedad vecina a la nuestra. El padre desaprobó este compromiso y yo devolví su palabra a Alicia, entré al servicio del rey y abandoné mi país. Había recorrido muchas tierras y cobrado heridas bajo diversos climas, antes de que el deber militar me llevara a las Indias Occidentales. Allí conocí a la que después fué mi esposa y madre de Cora. Era hija de un caballero de estas islas y de una dama cuya desgracia fué ser lejanamente descendiente de aquella clase social que fué esclavizada. Mayor Heyward, habéis nacido en el Sur, donde esos seres son considerados de una raza inferior a la vuestra.

El problema del esclavismo estaba en juego en aquel diálogo. El padre de Cora había llegado a creer que el oficial desvió sus solicitudes de la hija mayor a la menor, al enterarse del origen de la primera. Duncan consiguió convencer al coronel de que realmente su predilección obedecía a un sentimiento espontáneo, aunque el prejuicio esclavista no se desarraigase completamente de su modo de pensar.

El anciano terminó su narración:

—Cuando el destino me privó de mi esposa, yo volví a Escocia enriquecido por mi casamiento. Y, ¿lo creeréis, Duncan? Alicia había permanecido soltera durante veinte años, amando al ausente que hubiera podido olvidarla. Hizo más, todavía: perdonó el pasado y, habiendo desaparecido el obstáculo que nos separaba, se casó conmigo. Ella fué la madre de la menor de estas dos muchachas...

Heyward oyó esto con una secreta alegría.

VII

"CIERVO AGIL" SIGUE LAS HUELLAS

EL episodio de la defensa del fuerte terminó de un modo harto trágico. "Ojo de Halcón" al regresar con el mensaje del general Webb fué sorprendido en las líneas de los escuchas franceses, y aunque el marqués de Momtcalm no quiso retenerlo prisionero, interceptó el mensaje en el cual se decía rotundamente que no estaba en situación de enviar ninguna clase de refuerzos.

Se parlamentó largamente. El jefe francés ofreció respetar todo lo que fundamentalmente dejase a salvo el honor militar, si los ingleses abandonaban la plaza. Además de permitirles conservar las banderas y otros detalles simbólicos no

se atentaría contra la vida ni la propiedad de uno solo de los habitantes del fuerte. El sacrificio de los que mantenían la resistencia imposible era ya estéril y, por último, se aceptó la capitulación.

Salieron los moradores del fuerte en perfecto orden, y mientras estuvieron ante el ejército regular francés no ocurrió nada que alterase las condiciones establecidas en la rendición. Pero los hurones, numerosos como hormigas entre la selva, reclamaban cabelleras humanas y botín. Algunos salvajes más decididos promovieron los primeros incidentes y al poco tiempo se generalizó una matanza espantosa. Mujeres, niños y hombres caían abatidos a los golpes sordos de los tomahwaks. El bosque se llenó de grupos de cadáveres, de ropas desgarradas y dispersas, de todas las señales de una carnicería total.

El hecho figuró después en la historia con el nombre de matanza del fuerte William Henri y constituyó un baldón para la memoria del general francés, ya que no queda bien en claro el extremo de que las tropas a su mando no hubieran podido impedir con las armas aquella hecatombe.



En la línea de escuchas franceses, el marqués de Momtcalm interceptó el mensaje.

En medio de la matanza, en todo su tumulto, un indio no tardó en encontrar lo que buscaba con feroz insistencia. "Zorro Sutil" se presentó imponente de alegría salvaje en el grupo donde se hallaban las hijas del coronel y David el salmodiador.

—Ven — dijo el indio a Cora, asiendo con las manos ensangrentadas su vestido. — El wigwam del hurón está abierto todavía. ¿No es, acaso, mejor que este lugar?

Cora se cubrió el rostro para no ver aquella figura pintarrajeada y repulsiva. Él levantó con aire de triunfo su mano enrojecida.

—Es sangre, pero sangre de blancos.

Y luego volvió a su pretensión.

—El magua es un gran jefe. ¿Quiere ir a su tribu la de los cabellos negros?

—¡Jamás! Hierde de una vez, si quieres acabar tu venganza.

Entonces el magua se acercó adonde estaba Alicia que habíase desvanecido, la tomó en sus brazos y adentróse con ella hacia la espesura. No

había calculado "Zorro Sutil" vanamente. Cora no quiso en modo alguno abandonar a su hermana y siguió al indio a través de la selva. Era preferible entregarse al iroqués y a todos sus planes de venganza y ser conducida a su tribu, antes de abandonar a su suerte a la indefensa Alicia. David también siguió al Zorro entonando un cántico para rogar alivio de tantas desgracias al Todopoderoso ante la indiferencia absoluta del hurón.

Mientras el Zorro y sus prisioneros iban camino del poblado de su tribu, cinco hombres caminaban con lentitud y cautela por los lugares que habían sido teatro de la matanza descrita. Un hombre ágil precedía a sus compañeros, y marchaba con la actividad vigilante característica de los indios. Subía a cada pequeña altura para observar el terreno, y con sus gestos indicaba a los otros el camino que le parecía mejor. Un poco distanciado marchaba otro indio observando el borde de la selva con ojos avezadísimos a percibir la menor señal de peligro. No muy lejos de Uncás y Gran Serpiente, su padre, caminaban

tres hombres blancos: Munro, Ojo de Halcón y el mayor Heyward.

El joven indio se detuvo ante un montón de cadáveres. A pesar de la repulsión que inspiraba aquella masa confusa de víctimas, el coronel y el oficial buscaron afanosamente entre ellas algún rastro de las dos muchachas. Sintieron satisfacción momentánea al no encontrar ninguna señal de Cora y de Alicia en el montón humano, pero volvieron a sentir en seguida el tormento de la incertidumbre.

Mientras el escucha decía al más viejo de los mohicanos:

—Allá veo un piel roja que ya no tiene la cabellera en su sitio. Míralo, Delaware. Quizá sea uno de los tuyos. Si es así se le debe sepultar como un valiente guerrero. Leo en tus ojos que un hurón pagará por él antes que los vientos del otoño hayan disipado el olor de la sangre.

“Ciervo Ágil” echó a correr de pronto y se le vió arrancar de una enramada un fragmento del velo de Cora, que agitaba con aire de triunfo. Después se oyó otro grito de triunfo desde el

borde de la selva. Acudieron todos y vieron otro fragmento de velo que pendía de una rama.

Munro preguntaba con vehemente agitación:

—¡Dios mío! ¿Podrán ser salvadas todavía mis hijas? ¿A dónde pueden haberse dirigido?

—El rumbo que hayan tomado — contestó el cazador — depende de muchas cosas. Si han partido solas, es igualmente probable que hayan marchado en círculo o en línea recta, y quizá estén a pocas millas de aquí. Pero si han caído en manos de los hurones u otros indios auxiliares de los franceses, es posible que estén cerca de la frontera del Canadá. Ahora bien, aquí estamos estos dos indios y yo en el extremo de un rastro, y hay que tener por seguro que llegaremos al extremo opuesto, aunque se encuentre a cien millas de distancia.

El oficial exclamó:

—Aquí, en este pequeño fangal, está palpable la huella de un hombre. Ya no cabe duda de que van prisioneras.

—Es preferible eso a que hubieran perecido solas de hambre en la selva — replicó el escucha.

— Así dejarán un rastro más claro. Apuesto cincuenta pieles de castor contra cincuenta pedernales, a que los mohicanos y yo entraremos en sus cabañas en el curso de este mes. Inclínate, Uncás, y trata de reconocer con sumo cuidado la huella de este mocasín.

Después de una observación muy atenta, el muchacho se irguió y dijo con una afirmación absolutamente convencida:

—¡El Zorro!

VIII

FUGA EN EL LAGO

HEYWARD luchaba entre la esperanza y la duda: —Un mocasín se parece tanto a otro mocasín...

—Un mocasín — replicó el escucha — no se parece a otro más que lo que se parecen los libros entre sí; y los que leen en un libro no siempre entienden lo que dicen las letras de otro libro. Veamos otra vez la huella. Tienes razón, Uncás; aquí se ve el remiendo que ya vimos hace tiempo. Este sujeto bebe cada vez que tiene oportunidad. Es propio del ebrio caminar inseguramente, sea blanco o salvaje. La marca es justamente del ancho y el largo del pie del magua. No cabe

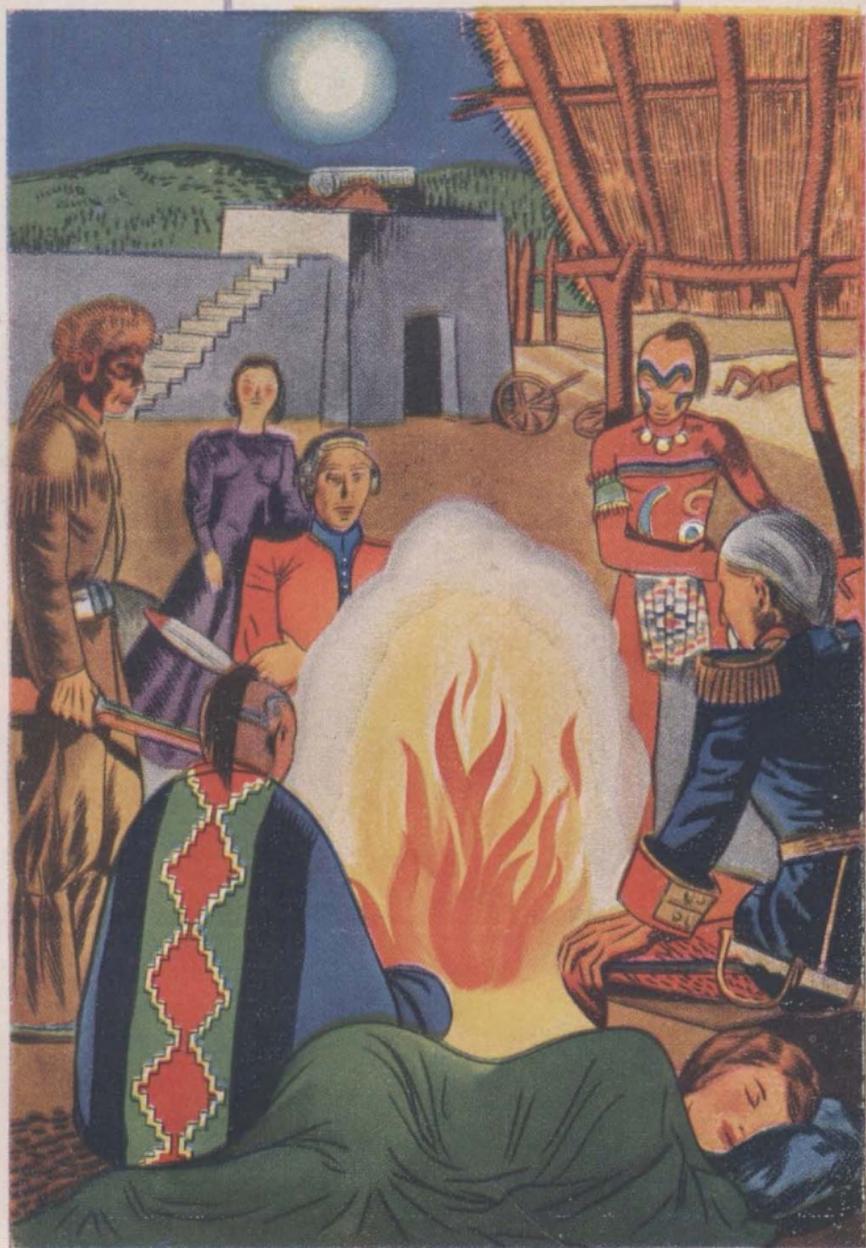
duda, por aquí han pasado el hurón y la muchacha de los cabellos oscuros.

Las huellas fueron poco a poco completándose y, por si faltaba algo, apareció la flauta de madera de Gamut. Quedaba casi exactamente reconstruída la marcha de los que acompañaban a "Zorro Sutil".

La decisión unánime fué seguir las marcas halladas hasta la propia madriguera del hurón, y antes se convino, porque la costumbre india lo imponía y "Ojo de Halcón" lo aceptaba plenamente, celebrar consejo mientras se fumaba una pipa en torno al fuego.

Regresaron a las ruinas del fuerte, ahora desoladamente silencioso, y allí encendieron la hoguera, y consumieron una cena frugal de carne de oso.

Desde la muralla derruída, abstraído en sus pensamientos, el Mayor contempló el paisaje del Horicán. El viento había cesado, y las nubes, como cansadas de una carrera furiosa, comenzaban a desgarrarse. Alguna que otra estrella asomaba a través de la niebla y su brillo pálido



El fuerte destruído.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

aumentaba la tristeza de aquel cielo gris. Las colinas eran masas oscuras y el llano, después de las escenas pasadas, era un vasto cementerio abierto; ni un rumor, ni un murmullo turbaba el sueño de los desgraciados que yacían sobre la tierra ensangrentada.

Pasaron la noche junto al fuego el Mayor y sus buenos amigos, sin más incidentes que la proximidad de un indio merodeador y solitario; y a la mañana siguiente se dirigieron hacia la orilla del lago Horicán donde se hallaba bien oculta en la espesura una canoa que los dos delawares no habían olvidado.

El principio de la navegación por el lago terso se hizo con felicidad, pero desde un pequeño islote que parecía desierto en la inmensidad de aquellas aguas fueron avistados nuevamente por los indios hurones, sus perseguidores incansables.

En el agua límpida se organizó una persecución de canoas en que tuvo que ponerse a prueba el vigor de los brazos en los remos.

Por el pronto bastaban los mohicanos para mantener la distancia conveniente entre la canoa

de los perseguidos y la de los perseguidores. "Ojo de Halcón", por lo tanto, embarcó su remo y empuñó el rifle. Por tres veces se lo apoyó en el hombro, y cuando sus compañeros esperaban oír la detonación, bajaba el arma y les pedía que permitiesen acercarse un poco más a los iroqueses. Por fin pareció satisfecho, y levantaba el cañón del arma, cuando una exclamación de Uncás que iba en la proa, le hizo suspender el tiro.

—¿Qué hay, muchacho? ¿Por qué has ahorrado a un hurón su grito de muerte?

Uncás señaló hacia la costa rocosa que tenían enfrente, desde donde avanzaba otra canoa con la intención de cortarles el paso. El escucha tuvo que empuñar de nuevo el remo, y Chingachgook que actuaba de piloto desvió un poco hacia la costa oeste la ruta para alejarse del nuevo enemigo.

Cuando los hurones vieron que la presa amenazaba escaparse, tomaron una línea oblicua, de modo que no tardaron las dos canoas en situarse en trayectorias paralelas a unas doscientas varas de distancia una de otra. Tan rápido era el avan-

ce de las pequeñas embarcaciones, que el agua se rizaba en menudas olas que marcaban una estela ondulante. Los esfuerzos de aquella competencia exigían todos los brazos en los remos y eran causa de que nadie se sirviera de los rifles.

Al frente, a corta distancia, había una isla de tierra baja, de forma larga y estrecha. Al acercarse a ella los fugitivos, la canoa que los perseguía más de cerca, se vió obligada a seguir por el lado opuesto. No descuidaron esta ventaja los perseguidos, sino que redoblaron los esfuerzos que ya podían considerarse prodigiosos.

—Uncás — dijo el escucha; — al elegir esta canoa entre todas las de los hurones, has demostrado conocer las ventajas de las que son de mimbre. Estos demonios ponen toda su fuerza en los remos; hagamos lo mismo. Tenemos que defender nuestras cabelleras con estos palos chatos, en vez de valernos de los buenos rifles y de la vista segura. ¡Ánimo, amigos!

Una descarga hecha por los hurones interrumpió los comentarios en la canoa pilotada por Chingachgook. Silbaron las balas en torno de

los perseguidos, y una de ellas fué a dar en el remo ligero y pulido que manejaba el mohicano, y lo hizo saltar en el aire.

Los hurones lo celebraron con una gritería y dispararon otra descarga. Uncás describió un arco en el agua con su remo, y al pasar velozmente la canoa, Chingachgook pudo recobrar su remo y lo blandió al tiempo que lanzaba el grito de guerra de los delawarees.

Entonces los iroqueses reconocieron a los que perseguían.

—¡Ciervo Ágil!

—¡Gran Serpiente!

—¡Carabina Larga!

Llegó el momento de entrar en acción el rifle del escucha. En uno de los primeros disparos el hurón que iba en la proa de la canoa más avanzada cayó de espaldas soltando el arma que desapareció rápidamente en el lago. Pudo recobrase y ponerse en pie con movimientos torpes de animal herido que pugnaba por desplomarse en el agua o dentro de la embarcación. Sus compa-

ñeros dejaron de remar y las tres canoas quedaron un rato reunidas y estacionadas.

Los dos mohicanos aprovecharon este momento para cobrar aliento y aumentar enseguida la ventaja. Padre e hijo se miraban con expresión interrogatoria, deseosos de saber si alguna bala les había tocado, pues de sobra era sabido que en tales circunstancias, aunque un proyectil les hubiera alcanzado, no se hubiesen permitido una exclamación. Unas grandes gotas de sangre que corrían por un hombro del jefe indio atrajeron la mirada de Uncás, pero Gran Serpiente se limitó a tomar un poco de agua con el hueco de la mano y lavarse la sangre, con lo que demostraba que tratábase de una herida leve, indigna de la menor atención.

Se pudo, al fin, llegar a una parte de tierra que el mohicano había señalado como más conveniente. La canoa fué sacada del agua y se la transportó en hombros al interior del bosque. Vadearon los fugitivos un río y siguieron hasta llegar a una roca enorme y desnuda de vegetación. En este punto, donde las pisadas no serían

visibles, hicieron una curiosa maniobra: volvieron sobre sus pasos caminando cuidadosamente hacia atrás, después continuaron por el lecho del río hasta su desembocadura en el lago, y allí lanzaron al agua la canoa.

Así, con idas y venidas minuciosas para embrollar todo rastro de sus huellas, desembarcaron definitivamente en el límite de una región, entre los ríos Hudson y San Lorenzo, absolutamente desconocida por entonces.

IX

EL POSTE DEL CONSEJO

FUÉ Uncás, el mohicano joven, quien descubrió la huella de las mujeres que conducía el "Zorro". Después, un cuidadoso examen de cada nuevo indicio, en el que tenía gran parte la experiencia del escucha, contribuyó a marcar el camino por donde había que seguir si se deseaba llegar al fin de la jornada del hurón.

Todo revelaba que era inminente la llegada a poblado indio, con arreglo a todos los cálculos, y la mirada de todos los del grupo no dejaba de escudriñar desde todos los sitios propicios a la vigilancia oculta y en todas direcciones, para

descubrir sin ser descubiertos, que era lo único importante.

Con este objeto se separaban y desparramaban, con una señal, tres graznidos de cuervo, para reunirse.

Heyward creyó ser el primero de los descubridores. Quedó maravillado al contemplar de pronto, desde un macizo de árboles por donde se arrastraba, que en una gran extensión los troncos habían sido derribados y la pequeña llanura hallábase iluminada por la luz de oro de la tarde estival en contraste con la penumbra gris de la selva. Cerca del escondite del oficial, un arroyo se ensanchaba formando un pequeño lago que cubría a casi todo el terreno bajo situado entre dos montañas. Un centenar de viviendas de barro seco se alzaban al borde del lago y algunas en parte dentro del agua como si accidentalmente éste hubiera rebasado sus límites naturales. Los techos redondeados de estas chozas, admirablemente ideadas para ser defendidas del calor, las lluvias o la nieve, demostraban más ingeniosa labor y previsión que las usadas en general por los

indios como construcciones permanentes y eran incomparables con las viviendas provisionales que usan para la caza o la guerra. En toda aquella aldea se veía más método y esmero en la construcción, que los atribuidos generalmente a los indios. La aldea parecía hallarse abandonada, con arreglo a la observación de Duncan, pero, finalmente, creyó distinguir figuras humanas que avanzaban en dirección suya caminando con las manos y las rodillas. Algunas cabezas oscuras aparecieron en las viviendas y el pequeño pueblo se llenó de gente silenciosa que se escurría de un lado a otro. Alarmado por estos movimientos, Heyward estaba a punto de lanzar los tres graznidos de cuervo.

Poco después, en aquellas inmediaciones y contemplando también la construcción de la aldea modelo, encontraron el oficial y el cazador un hombre de rarísima catadura, ataviado en parte como un indio, con la cara pintarrajeada y el aspecto mucho más triste que feroz. El escucha arrastróse cautelosamente hacia donde estaba y cuando iba a lanzarse sobre él, comenzó a reír

con todas sus ganas y le tendió la mano con júbilo. Era Gamut, el maestro de canto.

La llegada del cazador había explicado completamente la sorpresa del oficial inglés en cuanto a la concertada aldea descubierta. Sus indios errantes eran cuadrúpedos; el lago, un estanque de castores.

Explicó David los pormenores del cautiverio de las hijas de Munró, y cómo no se las había dañado materialmente, aunque fueron separadas y Cora conducida a otra tribu amiga, si bien no completamente de los hurones, a la cual se quería halagar confiándole la custodia de la prisionera.

La presencia de Gamut en libertad debíase a que los indios le habían considerado un hombre anormal. El cazador explicó:

—Los indios nunca dañan a los locos. Es una costumbre sagrada que no alteran.

Un extremo muy interesante que suscitaron los dos mohicanos al llegar, era el de saber concretamente la tribu a que Cora había sido conducida, y David era el único que podía arrojar luz sobre esto.

Se le hicieron muchas preguntas en este sentido.

—¿Cómo eran sus puñales? ¿De fabricación francesa o inglesa?

—¿Habían celebrado ya la fiesta del maíz? ¿Qué aspecto tienen sus totems?

—He visto entre sus pinturas extrañas y fantásticas, imágenes que ellos admiran y de las que se muestran particularmente orgullosos. Sobre todo una pintura que representa un animal repugnante.

—¿La figura de una serpiente?

—Algo así. La de una torpe y rastrera tortuga.

Los mohicanos y el cazador hicieron el gesto de quien acaba de descubrir algo importante. Ya era seguro que se trataba de cierta tribu perteneciente al tronco de los delaware y que se había separado de éstos, por influencias de los hombres blancos de la colonización, en tiempos en que Chingachgook era el gran jefe de los tortugas. Todo trato con una tribu así podía ser muy peligroso si persistía el encono de la enemistad, o

podía ser favorable si sus hombres hubieran olvidado un sentimiento tan artificial y añoraran las buenas épocas anteriores al poder de los blancos.

La impaciencia de Duncan le empujaba sin atender a consideraciones a llegar cuanto antes al lado de Alicia, para lo cual después de la oposición del escucha, se decidió, en vista de que se mostraba irreductible, idear la manera un poco garantida de que penetrase en el campamento iroqués. "Gran Serpiente", que llevaba consigo pinturas para componerse la máscara de guerra, se comprometió a transformarle hasta el punto de que tuviera alguna probabilidad de engañar a los hurones.

Experto el mohicano en aquellas artes sutiles de su raza, dibujó con destreza los trazos con que los indígenas acostumbraban asociar el aspecto jovial y la amistad. Eludió toda apariencia de guerrero y más bien obtuvo un aire de bufón. Duncan tenía la ventaja de saber francés, de modo que podía pasar por un juglar de Ticonderoga, vagando entre las tribus aliadas.

Al presentarse el oficial en el poblado de los hurones tuvo que soportar todas las miradas y los interrogatorios y las muestras de desconfianza. Se le condujo a la gran cabaña donde se celebraban los consejos y con la solemnidad que los indios empleaban en tales casos, pusieron a prueba su ingenio para no mostrar una contradicción que hubiera sido irreparable.

El guerrero que parecía ostentar más autoridad, preguntóle secamente:

—¿Cuando nuestro Gran Padre de los blancos amigos del Canadá habla a su pueblo, lo hace en la lengua de los hurones?

—No reconoce diferencia entre sus hijos, cualquiera que sea el color de su piel. Pero está especialmente satisfecho de los hurones.

—¿De qué manera hablará cuando los mensajeros le den cuenta de las cabelleras que hace pocos días crecían en las cabezas de muchos ingleses?

Aunque le horrorizase el recuerdo de la matanza, Heyward contestó con tranquilidad:

—Eran sus enemigos y sin duda dirá: “Mis hurones son unos valientes”.

—Los oídos del Gran Padre blanco parece que están abiertos a los delaware, que no son amigos nuestros, y que los llenan de mentiras.

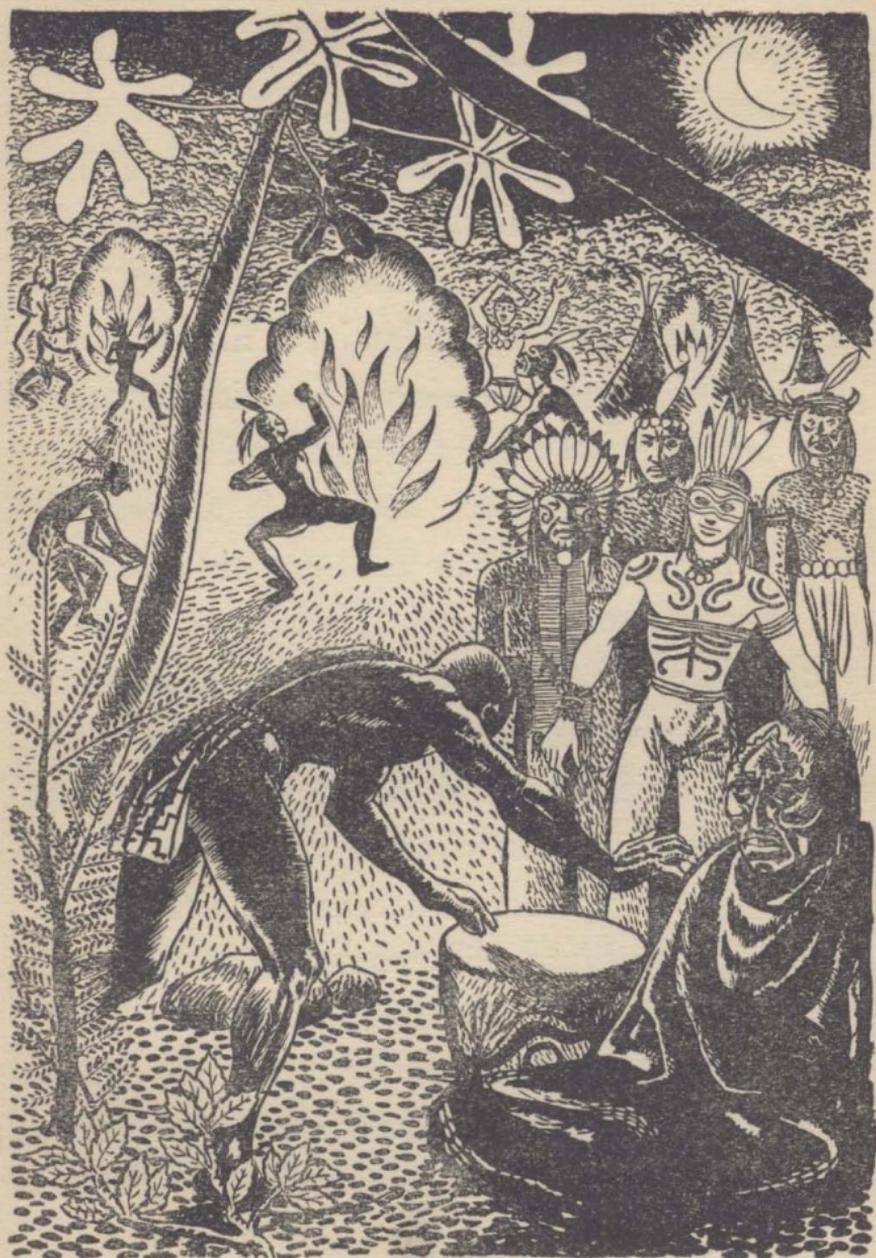
—Pues él mismo me ha ordenado a mí, que conozco el arte de curar, que venga a ver si entre sus hijos los hurones hay alguno que esté enfermo.

—¿Los hombres hábiles del Canadá se pintan la piel? Hemos oído decir que se enorgullecen de tener las caras pálidas.

—Cuando un jefe indio visita a sus padres blancos, se quita la túnica de búfalo para ponerse la camisa que se le ofrece. Mis hermanos rojos me dieron pintura y yo la uso.

Esto suscitó un murmullo de aprobación y el oficial salió del interrogatorio, en general, con la confianza de la tribu.

El primer enfermo que se ofreció como prueba a su sabiduría fué la mujer del hijo de un jefe importante. Cuando se dirigía hacia la choza donde yacía la enferma, le sorprendió la algarrabía infernal precursora de un acto sangriento de



Dos hombres iban a ser sacrificados.

los que son frecuentes entre los pieles rojas. Dos hombres iban a ser sacrificados.

Una docena de hogueras iluminaban el lugar en que se había reunido una horda enfurecida para celebrar el rito inhumano. Figuras demoníacas, gesticulando y aullando, al danzar en torno a las hogueras, parecían más siniestras con los ojos feroces y los rostros encendidos.

De los dos hombres destinados al sacrificio, ambos indígenas, uno de ellos era un joven muy vigoroso, de sorprendente agilidad, que una vez y otra había conseguido escurrirse de los que le sujetaban y sembrado el desconcierto en aquella multitud gritadora y como ebria que al perseguirle aumentaba la infernal confusión.

En uno de aquellos esfuerzos inauditos del prisionero por escapar e internarse en la selva, pasó rozando a Heyward en la huída. Un hurón alto y recio se acercaba al fugitivo amagando un golpe fatal en cuanto lo tuviera a su alcance. Duncan estiró una pierna al paso del iroqués y éste cayó al suelo con toda la violencia de la carrera.

Aprovechando esta leve ventaja, el prisionero

consiguió alcanzar un pequeño poste pintado que estaba en la puerta de la choza del consejo, y se apoyó en él como el náufrago que se agarra a la roca. Su persona al apoyarse en el poste estaba protegida, según una ley inmemorial y sagrada, hasta que la tribu en consejo deliberase y decidiese su suerte.

Todos le injuriaban y le amenazaban con vehemencia feroz, y algunos jefes de cabellos grises le miraban con curiosidad no exenta de admiración ante su temple de guerrero.

En un momento en que el oficial pudo ver con atención a la luz de una de las hogueras el rostro del prisionero, descubrió quién era aquel valiente.

—¡Ciervo Ágil, el gran amigo! — murmuró entre dientes.

El consejo se iba a celebrar en seguida, y Duncan gozaba en cierto modo de la pequeña ventaja de pasar casi inadvertido ante el suceso sensacional que suponía la condena del mejor hombre y más temible de los delaware.

Al otro condenado al sacrificio se le despachó prontamente con una cuchillada en el pecho. Era

un hurón acusado de desertor, de falta de ánimo en el combate.

Duncan tenía la angustia de no saber cuál sería la suerte del guerrero. Y la de mirarse en el espejo de su amigo para deducir cuál pudiera ser la suya.

X

EL OSO HECHICERO

DURANTE un buen rato los acontecimientos mantuvieron una saludable indiferencia en torno a Duncan que pudo vagar por entre las chozas y que hasta pudiera haber huído de no retenerle el deseo vehemente de encontrar a la hija de Munro y también de saber cuál iba a ser la suerte definitiva de "Ciervo Ágil".

El primer suceso importante que le sorprendió fué la llegada de "Zorro Sutil" que regresaba de una gran partida de caza, y que con la parsimonia y la indiferencia aparente de los indios, se dispuso a inquirir novedades ocurridas durante su ausencia.

La sorpresa y el odio de los hurones, mezclado con una admiración al prestigio valeroso que los indios no pueden evitar, fueron colmados cuando el "Zorro" reconoció a "Ciervo Ágil" y comunicó a la tribu de quien se trataba.

El magua hizo relación de los últimos episodios en que Uncás y "Gran Serpiente", con "Carabina Larga", habían tomado parte, y ello vino a reforzar el sentimiento de odio y admiración conjuntos de que hemos hablado.

En seguida acudió al recurso de su elocuencia. Pronunció una arenga inflamada sobre los motivos de venganza que la tribu iroquesa tenía hacia el delaware y tanto encendió el furor de algunos jóvenes que algún tomahwak, aunque por fortuna sin hacer blanco, voló hacia el sitio donde estaba el mohicano.

El mismo magua se encargó de que el prisionero no sufriese daño momentáneamente:

—¡No! El sol tiene que brillar sobre su vergüenza. Las mujeres tienen que ver cómo tiemblan sus carnes. Sin eso nuestra venganza sería como un juego de niños. Llevadlo a un lugar bien vi-

gilado. Veamos si un delaware puede dormir durante la noche y morir a la mañana siguiente.

Heyward fué requerido para probar sus dotes de médico y hechicero. Guiado por el jefe que le habló de la mujer enferma encaminóse a un sitio donde los hurones llevaban casi todo lo que poseían de valioso, y que encontrábase en una concavidad de un peñón disimulado en un macizo de ramaje y un poco alejado del conjunto de las chozas. También había sido transportada allí la mujer enferma, en la creencia de que el espíritu que la atormentaba tendría más dificultad para atacarla a través de muros de piedra. El interior de la cueva estaba dividido en varios compartimentos, y en uno de ellos la enferma rodeada de mujeres.

Una mirada le bastó a Heyward para comprender que aquella enferma estaba fuera del alcance de todo auxilio, ya que se encontraba en estado comatoso. Explicó el falso médico que si se quería alejar definitivamente a los malos espíritus, era imprescindible dejarle solo con la paciente durante toda la noche y no importunarle

para nada, porque toda proximidad de gente de la tribu dificultaría la salida de los malos genios y pondría en peligro inmediato a la mujer.

Otra gran sorpresa le estaba reservada al oficial. Cuando todos marcharon del recinto, sólo quedó dentro de él una gran masa negra que era el cuerpo pesado de un oso, el cual lanzaba gruñidos poco tranquilizadores. No desconocía que muchas veces los indios tienen domesticados en las aldeas animales de esta clase. Pero la verdadera maravilla fué verlo erguirse sobre sus patas y después apartarse la cabeza con las manos. De entre la piel espesa del animal salió un rostro humano que era el de "Ojo de Halcón".

—¡Silencio! — exclamó éste que temía alguna palabra de asombro — los bribones rondan este sitio, y cualquier sonido que no sea de lo que corresponde a la magia o la medicina, les arrojaría en masa contra nosotros.

En voz muy baja el cazador tuvo que explicar algo que se refiriese a hechos tan extraños:

—Muchas veces la casualidad proporciona lo que no se obtiene mediante la razón ni los mejo-

res cálculos. Después de separarnos, dejé al coronel y al jefe mohicano en una antigua choza de castores donde están más seguros de los hurones que en el sitio más alejado de las colonias. Los indios de la alta región del noroeste, que no tienen trato aún con los traficantes de pieles, continúan venerando a los castores. Después, Uncás y yo avanzamos hacia el otro campamento y ya sabemos lo que ocurrió con el muchacho. Ésta es la causa más importante de mi presencia aquí. No se puede abandonar a los indios un muchacho como ése sin hacer por él todo lo humanamente posible.

—¿Cómo lo pudieron apresar?

—Uncás y yo tropezamos con una partida de hurones. El muchacho se adelantó demasiado según su audacia de siempre, y persiguiendo a toda carrera a uno de los mingos que huía, cayó en una emboscada. Yo perseguí también a los hurones y después de haber derribado a dos de ellos, me fuí acercando a las viviendas sin ningún tropiezo. La fortuna me condujo al sitio exacto donde el más famoso brujo de la tribu se estaba

vistiendo para una de esas pantomimas en que luchan con el espíritu de Satanás. Un bien calculado golpe en la cabeza dejó fuera de combate durante un buen rato al impostor. Dejándolo así para que no alborotara y atándolo fuertemente entre dos troncos de árboles, me tomé la libertad de apropiarme su traje de fantasía y asumí yo el papel de oso que preparaba.

Con su disfraz de oso hechicero el escucha había husmeado atentamente gran parte del poblado de chozas y pudo descubrir dónde se hallaba la hija menor del coronel. Alicia fué conducida por los indios a la misma cueva, donde guardaban las cosas más preciadas, y en aquel momento podía encontrársela en un compartimento contiguo al de la enferma sometida al poder curativo de Duncan.

Bastaba forzar una puerta indicada por "Ojo de Halcón".

El encuentro entre Alicia y el oficial tuvo toda la emoción que pueda suponerse. El enorme júbilo de encontrarse después de una búsqueda tenaz

desafiando todos los peligros, en el primer momento no dejaba lugar a nada que no fuera la expresión de la alegría. Pronto la realidad les llevó a ver que las circunstancias habían cambiado poco en cuanto seguían siendo tan críticas y peligrosas.

Hablaban del mejor concierto de sus planes de fuga y del modo de llegar hasta Cora, cuando una risa burlona se dejó oír e hizo advertir la presencia de un intruso que se había deslizado cautelosamente. Era el magua, el "Zorro", que en medio de cualquier confusión general no perdía de vista ningún movimiento que se relacionase con las personas que más apetecía su venganza.

Habló con la intención maligna de siempre:

—Los cara pálida saben atrapar a los astutos castores; pero los pieles rojas saben cómo apoderarse de los ingleses.

Heyward le contestó:

—Magua, haz lo que quieras; tú y tu venganza son igualmente despreciables.

—¿Hablará así el hombre blanco cuando esté atado al poste de la tortura? El "Zorro Sutil" es un gran jefe. Él irá a buscar a todos sus jóvenes

para que vean cómo se ríe en los tormentos el valiente cara pálida.

El "Zorro" a pesar de todas sus astucias no contaba con la intervención del oso que contemplaba toda la escena. Le oyó gruñir y en cuanto le miró atentamente pudo reconocer al hechicero disfrazado por cuyos ritos, a la verdad, no abrigaba gran respeto.

Quiso apartarlo despectivamente, pero los brazos hercúleos del cazador le rodearon por sorpresa y le inmovilizaron el tiempo suficiente para que Duncan arrollase a su cuerpo una correa de ciervo de las que abundan en todas las chozas de los indios. No obstante su vigorosa defensa, quedó amarrado sólidamente por el escucha y el oficial.

Faltaba lo más importante. Alejarse de allí con Alicia. Para ello no quedaba más remedio que salir con audacia y sangre fría incomparable de un modo ostensible en la misma cara de los indios.

—Es preciso hablarles en francés — recomendó el escucha, — y decirles que se ha quedado el mal espíritu encerrado en la cueva, y que es ne-

cesario llevar a la enferma al bosque para darle unas raíces curativas . . .

Abrieron la puerta. El oso en primer lugar, y Heyward con una mujer cubierta de mantas en los brazos, aparecieron ante la expectación de los indios.

XI

¡A LA SELVA!

EL jefe que esperaba impacientemente la curación de la mujer, encaróse con Duncan.

—¿Ha arrojado mi hermano el mal espíritu?
¿Qué lleva en sus brazos?

—El mal espíritu ha dejado a tu hija y queda debatiéndose en su rabia dentro de la cueva. La llevo a una corta distancia donde la fortaleceré para evitar que vuelva a ser atacada. Estará en el wigwam del guerrero joven cuando salga el sol.

Merced a esta estratagema y con la angustia que se puede suponer, consiguieron alejarse hasta el bosque. Los salvajes esperarían hasta la mañana

sin penetrar en la cueva por temor a ser influídos por el espíritu maléfico que todavía rondaba y no estaba vencido completamente por el hechicero.

Dentro ya de la espesura, quedó convenido que Heyward caminase con Alicia ajustándose a las instrucciones del cazador, hasta el poblado cercano de los delaware, que no se hallaban en guerra con los ingleses, pero tampoco con los hurones.

“Ojo de Halcón” volvería otra vez al campamento hurón para no abandonar hasta el último instante a su amigo “Ciervo Ágil”.

El oficial quiso disuadirle, y no salía de su asombro ante un empeño de arriesgar la vida con tan pocas probabilidades de éxito. El escucha contestó:

—Yo he enseñado desde muchacho a mi amigo “Ciervo Ágil” lo que es un verdadero rifle y me ha pagado bien esas lecciones. He peleado a su lado en muchos combates y muchas escaramuzas; y mientras yo escuchaba el estampido de su arma con un oído, y el de “Gran Serpiente” con

el otro, estuve seguro de que no tenía enemigos a mi espalda. Durante inviernos y veranos, durante días y noches hemos vagado juntos por el desierto, hemos comido del mismo plato, y dormido por turno mientras velaba uno de los tres. Y se hundirá el bosque con todos sus árboles antes que se diga que Uncás fué llevado al tormento estando yo cerca y sin dar mi piel por evitarlo. No hay más que un Dios que nos gobierna a todos, sea cual fuere el color de nuestro cuerpo. Yo lo tomo por testigo de que antes que el muchacho mohicano perezca por falta de un amigo, la lealtad habrá partido de este mundo y mi rifle se habrá convertido en algo tan inofensivo como la flauta del músico chillón.

Con el disfraz que le proporcionaba la piel del oso admirablemente conservada gracias a la habilidad del hechicero, se acercó nuevamente a las chozas. Algunos muchachos pudieron tomarle por un oso auténtico, pero los que no lo creyeran así, le tomaban por el brujo de la tribu, que imponía aún más respeto y terror.

El encuentro con David el cantor de salmo-

días fué una gran suerte, porque luego de hacer que se desvaneciese su susto mayúsculo al oír hablar humanamente debajo de aquella piel hirsuta, se dió a conocer el cazador y pudieron concertar una manera de conseguir lo que no creyó nunca éste que pudiera lograrse: Llegar hasta la choza donde Uncás estaba encarcelado e introducirse libremente en ella.

Los guardianes que vigilaban a una hora en que dormía casi todo el poblado, reconocieron al gran hechicero con su piel de oso y no tuvieron ningún inconveniente en que penetrase en la cabaña acompañado del pobre demente. Gamut les dijo a los guardianes, sin apartarse una sílaba de las instrucciones de "Ojo de Halcón":

—Dice el hechicero convertido en animal de las selvas que si quieren los guerreros hurones oír cómo "Ciervo Ágil" llora en cuanto vea el poste como una mujer.

Todos estaban deseosos de ver semejantes pruebas de debilidad en un enemigo tan odiado y tan temido durante largo tiempo.

—Entonces el hechicero va a quedarse a solas

con el delaware y soplará un espíritu de cobardía en el alma de ese perro.

Los indios se agolparon a contemplar el encantamiento.

—El hechicero —advirtió Gamut— teme que su soplo llegue hasta sus hermanos y les prive del coraje a ellos también. Es mejor que se alejen un poco más para evitar esta desgracia.

Los hurones obedecieron temiendo tan gran calamidad.

Una vez dentro de la cabaña, todo se hizo muy rápidamente. "Ciervo Ágil" quedó muy sorprendido, pero pronto se recobró de su sorpresa; y de nuevo "Ojo de Halcón" tuvo que idear una estratagemata con la que se pudiera aprovechar la ventaja de la primeramente llevada a cabo. El cazador traspasó su piel de oso al mohicano y su blusa y todo su vestido lo cambió por el traje de Gamut, sin olvidar las gafas y la flauta y el libro de salmodias. Había que calcular, si las cosas se producían como estaban calculadas, que los salvajes al descubrir el engaño supusieran que el primer engañado fuese aquel demente inofensivo.

La salida del falso cantor y el falso hechicero necesitaba toda la calma de que eran capaces el delaware y el cazador. Sin sospechar una ficción de tan tamaña audacia, tímidamente los salvajes preguntaban al paso de los que salían de la cueva si el espíritu de la cobardía estaba ya bien introducido en el alma del prisionero. El brujo respondía con gruñidos significativos, y con calma solemne e inalterada se fué, acompañado del cantor, hasta la selva tenebrosa.

Era el momento de la huída, de todos los recursos de la fuga. Muy pronto los gritos infernales de los indios burlados ensordecían toda la selva.

XII

TAMENUND, EL MAS VIEJO

UNA vez descubiertas por los hurones todas las estratagemas de que habían sido víctimas: el hechicero amarrado por "Ojo de Halcón"; la mujer que iba a ser curada, muerta en la cueva; "Ciervo Ágil" desapareció; el "Zorro" reducido a la impotencia por "Carabina Larga", se organizó una persecución enconada y dirigida por el propio "Zorro" cuyo furor carecía ahora de precedentes.

Pero todos los fugitivos blancos y mohicanos se encontraban ya en el poblado de los delaware.

La tribu, o mejor dicho, la mitad de la tribu delaware, cuyo lugar de residencia estaba muy

próximo a la aldea provisional de los hurones, reunía un número casi igual de guerreros que estos últimos. Del mismo modo que sus vecinos, habían seguido a Momtcalm a los territorios pertenecientes a la corona británica, pero habíanse abstenido de prestar ayuda al ejército francés cuando más necesaria fué esta ayuda. Por toda explicación, la tribu se contentó con comunicar a Momtcalm que sus tomahwaks estaban mellados y necesitaban tiempo para afilarlos. El hábil militar del Canadá juzgó que era más prudente tener amigos pasivos y no enemigos irritados por actos de rigor.

El magua, "Zorro Sutil", se presentó en el poblado con el tono y las pinturas de un hombre a quien sólo guía la amistad. Comieron con él los jefes delawareos y se trabó un torneo de palabras de mutuos recelos y cortesía.

Uno de los jefes delawareos preguntó:

—¿El gran Padre blanco del Canadá ha vuelto su cara hacia sus hijos los hurones?

—¿Cuándo ha sido de otro modo? Él nos llama sus hijos más amados.

—Los tomahwaks de vuestros jóvenes han estado muy enrojecidos.

—Así es; pero ahora están brillantes y mellados porque los ingleses han muerto, y los delawares son nuestros vecinos.

Como acordándose de algo circunstancial, el magua se refirió a Cora, la hija de Munro, que por habilidad política y deseo de llegar a una inteligencia había confiado a la custodia de los delawares.

—¿Mi prisionera molesta a mis hermanos?

—Es bienvenida.

—El camino entre los hurones y los delawares es corto y está abierto. Que sea enviada a mis mujeres si incomoda a mis hermanos.

—Es bienvenida — repitió el jefe con alguna sequedad.

—¿Mis jóvenes dejan a los delawares espacio en las montañas para sus cacerías?

—Los lenapes son dueños de sus propias colinas.

—Los hurones aman a sus amigos los lenapes. ¿Por qué no había de ser así? El mismo sol les ha

coloreado y sus hombres juntos cazarán en los mismos campos cuando hayan muerto. Los pieles rojas deben ser amigos entre sí y mirar con los ojos atentos a los hombres blancos. ¿No ha visto huellas de espías en la selva, mi hermano?

—Ha habido mocasines extraños en nuestro campamento.

—¿Mi hermano arrojó a palos a los perros?

—No convendría. Todo extranjero es bien recibido por los hijos de los lenapes.

—¿Y si son espías?

—¿Los ingleses enviarían a sus mujeres como espías?

—Los ingleses y sus mujeres no encuentran ninguna tribu que les dé la bienvenida, y tienen que acudir a los delawarees, porque creen que sus intenciones se han apartado del padre del Canadá.

Con esta artera insinuación el "Zorro" quería influir a los que le hablaban el temor a caer en desgracia con los franceses. La tribu se hallaba después de las últimas operaciones dentro de los límites conquistados por las tropas de Francia, y era muy peligrosa una situación de tirantez.

Por eso fué muy grande el sobresalto general cuando el magua les hizo saber que tenían en el poblado nada menos que a "Carabina Larga", el hombre más conocido y más temido entre los aliados de los franceses.

—¿Qué quiere decir mi hermano?

—Un hurón nunca miente. Que los delawarees cuenten los prisioneros. Encontrarán uno cuya piel no es roja ni blanca.

La noticia corrió de boca en boca hasta que todo el poblado se puso en movimiento.

La gran agitación acabó por calmarse un tanto y los ancianos se dispusieron a considerar lo que por el honor y la seguridad de la tribu convenía hacer en circunstancias tan delicadas y embarazosas.

El consejo celebrado por los jefes fué breve y cuando iba a terminarse un clamor general anunció que se reuniría inmediatamente una solemne asamblea de toda la nación.

Cuando el sol estuvo sobre la cumbre de las montañas entre las cuales había plantado la tribu su campamento, la multitud se hallaba atenta y

ansiosa sin excepción de niños, mujeres ni ancianos.

Nadie, ni aun el menor de los muchachos presentes, mostraba ningún gesto de impaciencia y los preparativos se sucedían en medio de la calma y el silencio.

Por último se oyó un murmullo que perturbó la calma de la multitud, y la nación en masa se puso en pie obedeciendo a un impulso común. En este momento aparecieron tres hombres que echaron a andar muy lentamente hacia el lugar de la asamblea. El que venía en medio, apoyándose en los otros dos, contaba un número de años a que muy pocas veces llegan los mortales. Su cuerpo que había sido alto y erguido como un cedro se inclinaba bajo el peso de más de cien años de vida.

La influencia que ejercía este hombre sobre la tribu era de verdadero patriarca. Su pecho estaba cubierto de medallas, unas de plata y otras de oro y también tenía pulseras y ajorcas de estos metales. En la diadema sobre los cabellos níveos y abundantes sostenía tres plumas de avestruz teñidas de negro intenso. Su tomahwak estaba casi

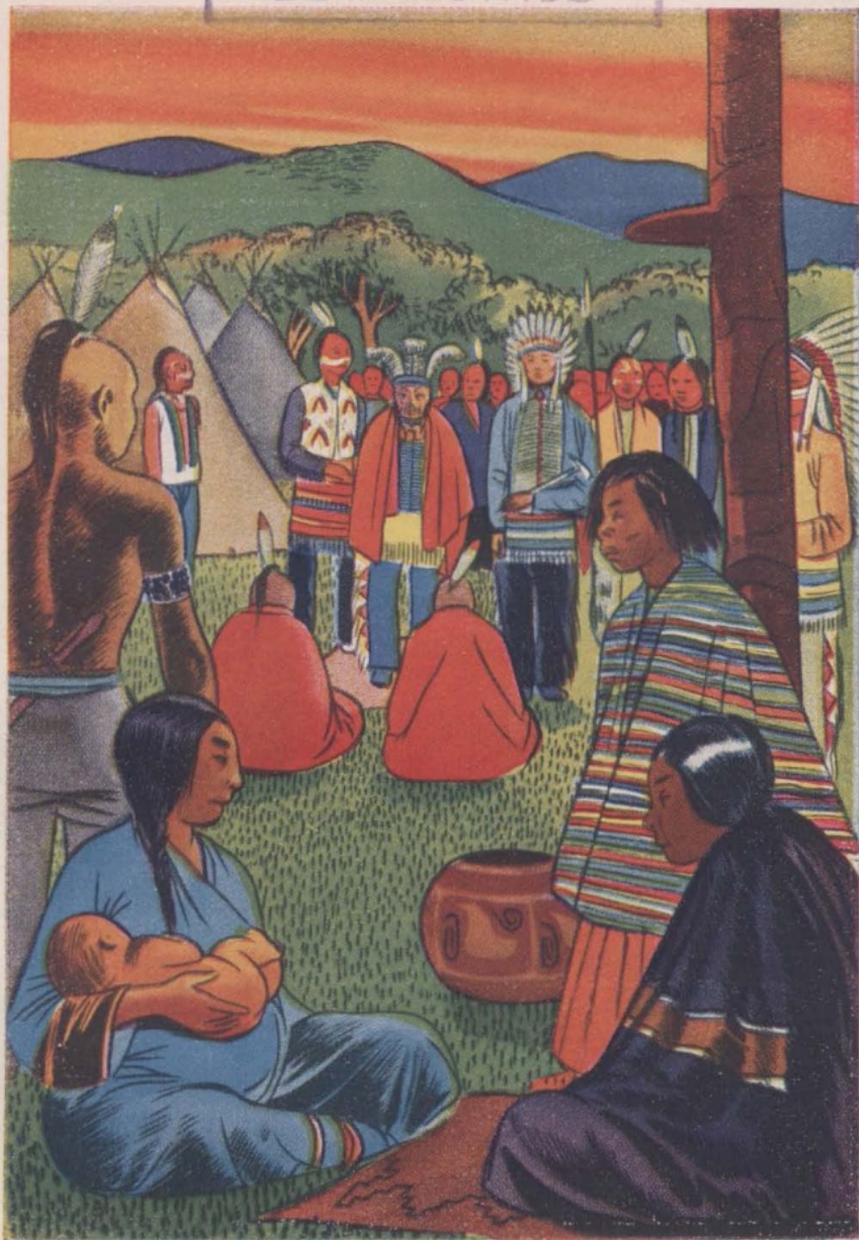
cubierto de plata y el cabo de su cuchillo brillaba como un cuerno de oro.

El nombre de Tamenund pasó por todos los labios.

El magua había oído hablar con frecuencia del sabio patriarca de los delawares; la fama llegó a atribuirle el don de comunicarse directa y secretamente con el Gran Espíritu. Su nombre un poco alterado ha sido transmitido después entre los pobladores blancos como el genio o santo de todo aquel imperio de los pieles rojas.

Nada podría sobrepasar a la reverencia y el afecto con que el pueblo recibió aquella visita que parecía venir del otro mundo. Después de una pausa respetuosa, los principales jefes se acercaron y fueron uno a uno colocando la mano del anciano sobre sus cabezas como invocando bendición.

Últimamente a un gesto del anciano juez y patriarca fueron traídos desde su cabaña los que eran motivo de toda aquella solemnidad. "Ojo de Halcón" y los demás prisioneros. Solamente Uncás no estaba allí.



El nombre de Tamenund pasó por todos los labios.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Restablecido el silencio, uno de los jefes que acompañaban al patriarca se levantó y preguntó en inglés:

—¿Cuál de mis prisioneros es la “Carabina Larga”?

Duncan rápidamente se hizo cargo de la situación y comprendiendo que las peores consecuencias iban a caer sobre quien llevara este célebre nombre, quiso sustituir en aquel trance a quien tantas veces había arriesgado la vida para ayudarle.

—Yo soy.

—¡Éste es el guerrero cuyo nombre ha llenado nuestros oídos! — dijo el jefe con el curioso interés que todo hombre manifiesta al ver por primera vez la persona a quien el mérito de una clase o de otra ha dado verdadera notoriedad. ¿Qué motivo ha traído al blanco al campamento de los delawares?

—Mis necesidades. Vine en busca de alimento, de amparo y de amigos.

—No puede ser. La selva está llena de animales de caza.

Ojo de Halcón aprovechó una pequeña pausa para adelantarse y decir:

—Si no contesté cuando se preguntó por “Carabina Larga”, no fué por miedo o vergüenza, sino porque no admito que los mingos se permitan darme un nombre a su antojo. Mi rifle no es una carabina. Mis padres me llamaban Nataniel, y los delawares que viven al lado de su propio río me han honrado llamándome “Ojo de Halcón”. Los iroqueses han pretendido darme el nombre de “Carabina Larga” sin consultarme a mí que soy el más interesado en el asunto.

Levantóse un gran clamor de sorpresa. La asamblea se presentaba con un interés sin precedentes.

XIII

LA PRUEBA DE LOS RIFLES

SE encontraban los jefes salvajes ante dos hombres que pretendían ser Carabina Larga, el tirador más certero y más famoso de la selva, y su sagacidad no tardó en decidir.

—Dadles rifles a mis prisioneros y que prueben cual de los dos es el hombre que pretenden ser.

Las armas fueron puestas en manos de los dos amigos que se contradecían y se les ordenó hacer fuego por encima de la multitud que estaba sentada. El blanco era un cacharro que hallábase sobre una rama rota, a unas cincuenta varas de los tiradores.

Heyward disparó y la bala rozó la rama a muy pocas pulgadas de distancia del cacharro.

Una exclamación general demostró que el tiro era considerado como prueba de gran habilidad en el manejo del arma.

—¿Puede superarlo el cara pálida? — le preguntaron a “Ojo de Halcón”—. Si el hombre blanco es el guerrero que pretende, que ponga su bala más cerca todavía.

—Supéralo — dijo un joven indio, apasionado en el torneo, que estaba muy próximo al cazador.

El escucha soltó una sonora carcajada. Después hizo fuego y los fragmentos del cacharro saltaron en el aire y cayeron al suelo en el momento que sonaba la detonación.

La multitud estaba francamente apasionada. Algunos expresaban su satisfacción por aquella destreza sin ejemplo, y otros atribuían a la casualidad el resultado del tiro. Duncan se apresuró a confirmar esta creencia que le era tan favorable.

—¡Fué casualidad! Nadie puede hacer blanco sin apuntar, solamente con levantar el arma, como ha hecho ese hombre.

—¡Casualidad! — gritó el escucha — ¿También ese hurón hipócrita que se llama “Zorro Sutil” cree que es casualidad? Dadle a él otro rifle, colocadnos frente a frente y que la Providencia y la vista de cada cual decida.

Esta aventura claro es que no entraba en los cálculos del hurón, y el escucha quiso terminar de una vez con una prueba definitiva.

—Ved aquella calabaza que pende de aquel árbol, Mayor. Un tirador digno de las fronteras debe romper su cáscara con facilidad.

La calabaza era de las más pequeñas entre las que usan los indios. Pendía con una correa delgada de la rama de un pino y hallábase a una distancia mucho mayor que el otro cacharro. El oficial, como antes, levantó con su tiro la corteza de la rama muy cerca del blanco con gran admiración de los espectadores, y el escucha dijo burlonamente.

—Si mis balas se hubieran desviado tanto del blanco, muchas martas cuyas pieles son ahora el adorno de más de una señora, estarían todavía en la selva.

Apuntó esta vez muy lentamente y disparó. Los jóvenes indios que corrieron a buscar la huella del tiro anunciaron que no aparecía. La decepción y las dudas por la personalidad que se atribuía aumentaron, pero el tirador previno a los muchachos:

—Si queréis hallar la muestra de una bala del tirador de la selva, debéis buscarla en el objeto que sirve de blanco y no alrededor.

Los jóvenes con gritos de júbilo vieron que la calabaza tenía el fondo agujereado por la bala, que había pasado por el orificio abierto en la boca. Ante una prueba tan inesperada todos los guerreros mostraron su admiración con palabras vehementes, ya que el escucha se convertía en objeto del asombro de aquella gente ignorante y sencilla. El anciano jefe encaróse entonces con Uncás:

—¿Por qué deseas taparme los ojos? ¿Son tontos los delawares que no distinguen una joven pantera de un gato?

Y luego, dirigiéndose al magua:

—Ahora hable el hurón; toda la tribu le escucha.

El “Zorro” dominaba bien su tema y empleó el lenguaje del Canadá que era comprendido por casi todo el auditorio:

—El espíritu que formó a los hombres les dió colores diferentes. Algunos son más negros que el pesado oso y trabajan como los castores y los esclavos. A otros les ha dado las caras blancas y la orden de que fueran traficantes. Sus hijos son más numerosos que las hijas de los árboles, tienen astucia de jabalí y brazos más largos que las patas de los antas. Con su lengua ensordecen los oídos de los indios; su corazón les enseña a pagar guerreros que luchen por sus intereses. A algunos hombres les dió el Gran Espíritu piel más brillante y roja que el sol. Ellos fueron formados a su gusto y a ellos les dió sus campos tal como los había hecho cubiertos de árboles y con caza abundante. ¿Qué necesidad tenían ellos de caminos para viajar? Venían a través de las colinas. Los vientos les refrescaban en el verano y las pieles les abrigaban en el invierno. Si peleaban entre sí era

para mostrar que eran hombres. Eran valerosos, justos y felices. A los más importantes y queridos de los hombres rojos les dió las arenas del lago salado. ¿Conocen mis hermanos el nombre de este pueblo favorecido?

—¡Los lenape, los mohicanos! — contestaron mil voces a coro.

Entonces el patriarca Tamenund hizo un movimiento. Todo el mundo comprendió que iba a hablar y hubo un silencio absoluto e impresionante.

—¿Quién nombra a los hijos de los lenapes? — preguntó con una voz gutural que parecía salir de los tiempos pasados —. ¿Quién habla de las cosas que no vuelven? ¿Para qué hablar de los bienes perdidos? Es mejor agradecer al Manitou los bienes que nos quedan.

Después de una larga pausa dijo con alguna dureza:

—¿Qué es lo que le trae aquí al hurón? ¿Acaso son los maguas los que gobiernan la tierra?

El Zorro repuso:

—La justicia trae aquí al hurón. Sus prisione-

ros están con sus hermanos y viene a buscar lo que es suyo.

—La justicia es la ley del Manitou. Hijos míos, dad alimento al forastero. Y después que el hurón tome lo que es suyo y se vaya.

No había delaware que pudiera pensar en oponerse a tal sentencia. Cuatro o cinco de los jóvenes guerreros se colocaron detrás de los tiradores y les ataron los brazos con fuertes correas. El magua dirigió una mirada de triunfo a la asamblea y pidió que le abriera paso a la multitud.

Cora corrió a postrarse a los pies de Tamenund y le dijo en voz alta, en el lenguaje del Canadá:

—¡Justo y venerable delaware! Esperamos piedad de tu sabiduría y tu poder. Muéstrate sordo a lo que dice ese monstruo que envenena tus oídos con sus mentiras. Tú que has vivido tanto y has visto los males del mundo, has de saber cómo aliviar a los que sufren por sus calamidades.

Aquella hermosa y viviente estatua del dolor impresionó al patriarca. Se levantó sin ser ayudado y al parecer sin esfuerzo, y preguntó con voz que extrañó a todos por su firmeza y claridad:

—¿Quién eres tú?

—Una mujer que nunca te ha hecho daño y que te implora que la socorras. ¿No eres tú Tamenund, el padre, el juez, el profeta de este pueblo?

—Soy Tamenund, el que ha vivido muchos días...

—Dime, ¿Tamenund es padre?

Él la miró con expresión de benignidad y señalando a toda la asamblea contestó:

—Sí, de una nación.

Cora intentó todas las súplicas y todos los razonamientos. Los dictados de la justicia de la selva estaban claramente a favor del hurón. Por último, la hija del coronel pidió solemnemente:

—Hay un guerrero de tu pueblo que no ha sido traído ante ti; antes que dejes partir al magua en triunfo, escucha a ese guerrero.

Uno de los acompañantes del patriarca le dijo:

—Es una víbora; un piel roja que está a sueldo de los ingleses. Lo reservamos para torturarlo.

—Que venga — ordenó el anciano con voz imperiosa.

XIV

LA TORTUGA SAGRADA

EL interrogatorio de "Ciervo Ágil" causó mayor impresión que todo lo ocurrido hasta entonces en la asamblea. Cuando dijo con énfasis y aplomo que era descendiente del último guerrero mohicano, la raza más antigua, verdadero tronco de los delawarees, sus palabras fueron acogidas con un griterío de indignación. La multitud seguía considerándole como un enemigo a sueldo de los ingleses y el viejo Tamenund no podía hacer otra cosa que entregárselo a ésta para el tormento. Pero al asirlo violentamente para llevarle al poste donde debía de ser amarrado, uno de los guerreros desgarró la

blusa que cubría su torso y fijó la atención en una figura tatuada primorosamente en azul sobre su pecho. Era una tortuga, es decir, el signo y totem de la auténtica raza de los padres de los delaware. El guerrero y todos los demás retrocedieron asombrados y poseídos de un respeto casi religioso, y el patriarca al conocer el descubrimiento se puso en pie esperando las palabras del mohicano. Éste dijo con voz que resonó en todo el campamento:

—Yo soy Uncás, el hijo de Chingachgook. Un hijo del gran Unamis.

El mohicano hablaba la lengua pura y musical de los primitivos delaware.

—La hora de Tamenund ha llegado — exclamó el patriarca —. Agradezco al Manitou que haya venido el que ha de ocupar mi lugar ante la hoguera del consejo. Uncás el hijo de Uncás, ha sido encontrado. Que los ojos del águila moribunda miren al sol naciente.

El anciano jefe recordó de pronto los días gloriosos de su juventud y sus días de caza o de guerra con los hombres que verdaderamente constituyeron el abolengo de los de la tribu delaware.



Era una tortuga, el signo y totem de los auténticos mohicanos.

Cada párrafo que pronunciaba Uncás erguido en la plataforma junto al patriarca y con aire de autoridad suprema, era contestado por otras frases de Tamenund cuya emoción y entusiasmo le hacían reverdecer los mejores días de su juventud.

Una sola cosa, sin embargo no se pudo evitar: que Cora como prisionera legítima de "Zorro Sutil" fuese llevada por éste hacia su tribu, aunque "Carabina Larga" se ofreció para constituirse prisionero de los hurones si consentía en dejar a la muchacha.

Pero el hurón no podía marchar tranquilo porque tras de él iba la amenaza de guerra lanzada por "Ciervo Ágil", el actual y prestigioso jefe de los delawares. La presencia y la palabra encendida del nuevo jefe investido de un prestigio que hacía despertar las glorias de la tribu, inflamó en los jóvenes guerreros el deseo de sustituir por la guerra la paz de tanto tiempo. Sus verdaderos enemigos eran los hurones y era llegada la hora de que hablasen en la selva solamente los tomahwaks.

El encuentro entre los iroqueses y los lenape

fué terrible y lleno de todas las estratagemas, movimientos y emboscadas que prolongaban cualquier combate entre pieles rojas.

En uno de los momentos culminantes, cuando los hurones se creían dueños del campo, apareció Uncás a la cabeza de los cien mejores guerreros. Agitando las manos a derecha e izquierda el joven señaló a su gente donde estaba el enemigo, y los delawares se lanzaron tras de los hurones en fuga. Las dos alas de los enemigos en derrota volvieron a reunirse a favor de la selva. Sólo los hurones que componían un pequeño grupo se retiraban pausados y sombríos sin huir a la carrera hacia el refugio. En este grupo se destacaba la figura del magua por la autoridad de su expresión.

Al verlo Uncás, perdió toda prudencia y se adelantó con seis o siete de sus guerreros para lanzarse sobre él sin pensar en la inferioridad numérica. "Ojo de Halcón" lamentó amargamente tamaña imprudencia, pero no tuvo más remedio que lanzarse tras de su amigo con los compañeros que estaban junto a él.

La persecución se prolongó hasta la propia al-

dea de los hurones, donde excitados por hallarse ante sus viviendas, pelearon con desesperación. Los episodios de la pelea se sucedían como un torbellino. El tomahwak de Uncás, los golpes de "Ojo de Halcón" y hasta el brazo nervioso de Munro se desenvolvieron con terrible actividad y pronto quedó el suelo cubierto de cadáveres. Todavía en esta ocasión el magua pudo huir con dos de sus hombres que habían quedado ilesos, y Uncás, al verlo escapar, se precipitó en su seguimiento.

Los hurones se introdujeron en una cueva abierta en la roca, de corredores laberínticos, donde las mujeres y los niños de la aldea se habían refugiado ante el ataque, y donde penetraron también los perseguidores enardecidos. El camino era cada vez más intrincado dentro de aquellas galerías, y llegó un momento en que creyeron haber perdido definitivamente a los fugitivos, hasta que vieron unas ropas blancas que se agitaban en el extremo de una de las galerías ascendentes que sin duda llevaba a la cumbre del peñón.

—¡Es Cora! — exclamó Heyward con un grito de inmensa alegría.

—¡Cora, Cora! — repitió Uncás queriendo salvar la distancia con un salto fantástico.

En este momento se pudo ver claramente que dos de los fugitivos se llevaban a Cora mientras el magua daba sus instrucciones, y salían por una abertura por la cual distinguíase la luz del cielo. Uncás y el Mayor, con un esfuerzo sobrehumano, consiguieron salir de la cueva a tiempo de ver el camino que tomaban los raptos de Cora. Subían por un sendero casi impracticable, peligroso a causa de las grandes piedras que lo interceptaban.

Cora se dejó caer en el suelo y paralizaba así la huída, en aquel terreno accidentadísimo, de los tres hurones. El magua conminó con ferocidad de amenaza definitiva:

—¡Elige, mujer! El wigwam del hurón o su puñal.

No había tiempo que perder. Cora se redujo al silencio sin variar de actitud, y el "Zorro" levantó el brazo armado.

En el mismo instante resonó un grito y apareció Uncás que se había precipitado desde una vertiginosa altura para caer al lado del magua. Éste retrocedió un paso y uno de sus compañeros sin vacilar hundió su cuchillo en el pecho de Cora.

Como un tigre saltó el magua hacia el asesino que ya se ponía fuera de su alcance y fué a tropezar con el cuerpo de "Ciervo Ágil" que al caer desde tan tremenda altura había quedado un momento aturdido. El "Zorro", ciego de rabia, clavó cobardemente su puñal en la espalda del mohicano. Éste pudo reaccionar fugazmente como una fiera herida e incorporarse y derribar al hurón con un supremo esfuerzo, pero se agotaron sus fuerzas y cayó exánime sin apartar de su enemigo una última mirada de desprecio. El "Zorro" arrancó el puñal de la herida y lo sepultó por tres veces en el pecho del delaware.

Se encaramó el "Zorro" hasta lo alto de la roca, y cuando estaba a un paso del precipicio por donde podía descolgarse y desaparecer, se detuvo sacudiendo su puño crispado.

—¡Los caras pálidas son perros! ¡Los delawa-

res son mujeres! ¡El magua los deja sobre las rocas para que alimenten a los cuervos!

Quedaba por decir la última palabra. Ojo de Halcón había llegado saltando por las grietas y exponiéndose cien veces a despeñarse. Su pulso, agitado por la rabia inmensa, consiguió serenarse y el rifle certero habló.

Los brazos del magua se aflojaron; agitó débilmente el puño y cayó de espaldas cabeza abajo, rozando en su caída al abismo las matas que crecían en las grietas de la roca.

VOLVIERON A LA SELVA

EL sol del día siguiente halló en duelo a la nación lenape. En vez de celebrar la victoria sobre los enemigos hurones se hicieron ceremonias de funerales por el mejor de los guerreros entre los hombres rojos y por la más bella de las mujeres pálidas.

El cuerpo de "Ciervo Ágil" fué depositado en actitud de reposo, frente al sol naciente, con todos los instrumentos de guerra y de caza al alcance de la mano, pronto para la jornada final. David Gamut arrancó a su garganta, con más emoción que nunca, un cántico que escucharon con lágrimas las jóvenes indias, las cuales habían

cubierto de flores de la selva el lecho donde yacía la mujer blanca.

Durante muchos años, en las praderas de hombres intrépidos, se conservaría la leyenda del guerrero indio y la joven pálida que se reunieron para ser enterrados juntos. También se conservaría a través de los tiempos la figura del cazador "Ojo de Halcón".

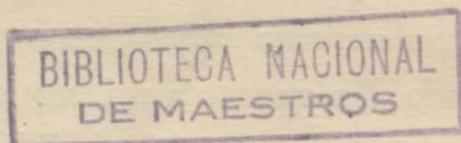
Cuando terminaron todas las ceremonias, el padre del guerrero muerto, el gran Chingachgook, dejó oír por primera vez la palabra:

—¿Por qué lloran mis hermanos? Un joven valiente ha partido para los hermosos campos de caza. El Manitou necesita tener guerreros como él y le ha llamado. En cuanto a mí, soy como un pino descortezado. Mi raza se ha perdido y estoy solo. . .

—¡No, no! — exclamó "Ojo de Halcón" — No, mohicano, no estás solo. Nuestro color puede ser diferente, pero Dios nos ha colocado de manera que recorramos la misma senda. Él era tu hijo y nació piel roja. Por la sangre estaba más próximo a ti; pero que me olvide Aquel que nos

hizo a todos, si yo llegara a olvidar al muchacho que combatió a mi lado durante la guerra y tantas veces durmió junto a mí en tiempo de paz! ¡El muchacho nos ha dejado, pero tú, Chingachgook, no estás solo!

El cazador blanco y el piel roja se estrecharon las manos rudas. Y los recios habitantes de los bosques se alejaron lentamente hasta hundirse en la espesura de la selva, donde ya no volvería a caminar la planta ágil del último de los mohicanos.



I N D I C E

	Pág.
I.—El hurón	5
II.—La defensa de los hombres del bosque	14
III.—El "Zorro" explica su venganza	23
IV.—La noche en las ruinas	30
V.—Las dos hermanas en el fuerte	39
VI.—Cora y Alicia	47
VII.—"Ciervo Ágil" sigue las huellas	51
VIII.—Fuga en el lago	59
IX.—El poste del consejo	67
X.—El oso hechicero	79
XI.—¡A la selva!	88
XII.—Tamenund, el más viejo	94
XIII.—La prueba de los rifles	103
XIV.—La tortuga sagrada	111
XV.—Volvieron a la selva	120

BIBLIOTECA BILLIKEN

Con las publicaciones de esta Biblioteca la Editorial Atlántida se propone realizar un amplio y sostenido plan de divulgación literaria, en que las exigencias de una seria cultura se encuentren siempre conciliadas con la amenidad y sencillez que la hacen grata y asequible a todos. Los libros de la BIBLIOTECA BILLIKEN se distribuyen en tres colecciones: 1º COLECCIÓN ROJA: comprende reducciones o adaptaciones de obras maestras de la literatura universal; 2º COLECCIÓN VERDE: vidas famosas sea por su ejemplaridad, por su especial significación en la historia, o por el interés épico o novelesco de sus peripecias; 3º COLECCIÓN AZUL: obras, hechos y hombres de América.

BIBLIOTECA BILLIKEN

VOLUMENES PUBLICADOS Y EN PRENSA:

COLECCIÓN ROJA

- | | |
|------------------------------------------------------|-----------------------------------|
| LA ILIADA | CUENTOS Y APOLOGOS DE |
| LA ODISEA | TOLSTOI |
| DON QUIJOTE DE LA | FABULAS DE IRIARTE |
| MANCHA | VIAJES DE GULLIVER |
| TRES OBRAS DE SHAKE-
SPEARE | LA CABAÑA DEL TIO TOM |
| TRES DRAMAS DE CALDERON | LOS TRES MOSQUETEROS |
| CUATRO OBRAS DE WAGNER | EL JINETE SIN CABEZA, <i>por</i> |
| OLIVERIO TWIST, <i>por Carlos</i>
<i>Dickens.</i> | <i>Maine Reid.</i> |
| | TRES COMEDIAS DE MOLIERE |
| | IVANHOE, <i>por Walter Scott.</i> |

COLECCIÓN VERDE

- | | |
|------------------------|-----------------|
| GRANDES INVENTORES | CRISTOBAL COLON |
| GRANDES MUSICOS | MAGALLANES |
| GRANDES PINTORES | HERNAN CORTES |
| SANTA TERESA | MAHOMA |
| SAN FRANCISCO DE ASIS | NAPOLEON |
| SAN IGNACIO DE LOYOLA | PASTEUR |
| MARTIRES DE LA CIENCIA | CROMWELL |
| CABEZA DE VACA | JUANA DE ARCO |
| VIAJES DE MARCO POLO | CARLOS V |

COLECCIÓN AZUL

- | | |
|-----------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------|
| LINCOLN | LA CONQUISTA DEL PERU |
| SAN MARTIN | LOS PIELS ROJAS |
| BOLIVAR | UNA EXCURSION A LOS IN-
DIOS RANQUELES, <i>por Lu-
cio V. Mansilla.</i> |
| 350 POESIAS PARA NIÑOS | MARTIN FIERRO |
| TEATRO INFANTIL | EL FAUSTO de Estanislao del
<i>Campo.</i> |
| AMALIA | MARIA, de Jorge Isaacs. |
| LEYENDAS Y FABULAS GUA-
RANIES | |
| JUAREZ | |
| BUCHARDO | |

COLECCION ANTORCHA

BIBLIOTECA DE DIVULGACION CULTURAL

VOLÚMENES PUBLICADOS Y EN PRENSA:

ERNESTO MORALES. — SARMIENTO DE GAMBOA

CELSO CRUZ. — LA CONQUISTA DEL AIRE

PEDRO VALLE. — LOS PIRATAS

ERNESTO MORALES. — LA ATLANTIDA

M. VILLEGAS LÓPEZ. — EL CINE

CÓRDOVA ITURBURU. — SOCRATES

ALFREDO MONTE. — DARWIN

PEDRO PUENTE. — SAN PABLO

M. SOTO HALL. — LOS MAYAS

ENRIQUE PLANAS. — VIDA Y OBRA DE EDISON

OTROS VOLUMENES (PUBLICADOS Y EN PRENSA) DE LA

BIBLIOTECA ATLANTIDA

FRAY LUIS DE LEÓN. — LA PERFECTA CASADA

LUCIO V. MANSILLA. — UNA EXCURSION A LOS
INDIOS RANQUELES

HURTADO DE MENDOZA. — LAZARILLO DE TORMES

PEDRO A. DE ALARCÓN. — EL SOMBRERO DE TRES PICOS

GOETHE. — WERTHER

SHAKESPEARE. — HAMLET



Con fines de alta divulgación, la Editorial Atlántida irá incorporando al plan de esta biblioteca las obras literarias de todos los países que pese a la sobriedad de su extensión, se han granjeado ante el juicio universal el título de “grandes” por el valor y hondura de su contenido.



PRECIO DE CADA VOLUMEN: \$ 1.50 m/arg.

OBRAS DE
CONSTANCIO C. VIGIL
PARA LOS NIÑOS

M A R T A
Y J O R G E

Libro de amena y variada lectura destinado a orientar la mentalidad y los sentimientos infantiles.

M A N G O C H O

Es el relato de la vida infantil del autor, que con naturalidad y sencillez se identifica con los demás niños.

¡ U P A !

Libro para aprender a leer.

V I D A
E S P I R I T U A L

Manual para la dignificación del niño (5 artísticos tomitos).

C U E N T O S
P A R A
L O S N I Ñ O S

La Hormiguita Viajera, Misia Pepa, El Manchado, El Mono Relojero, Lo Más Inútil del Mundo, El Pirincho Enfermo, Los Escarabajos y la Moneda de Oro. El Imán de Teodorico, El Casamiento de la Comadreja, El Sapo Huevero, El Pájaro Ratón, El León Ciego, Aventuras de un Botón, Cabeza de Fierro, La Cueva Misteriosa, Los Conejos Silvestres, Los Enanitos Jardineros y otros muchos cuentos más en diversas ediciones.

Pedidos por mayor a

CASA ATLANTIDA — FLORIDA 643 — BUENOS AIRES



EDITORIAL
Atlantida